



Recompensa: A Quien Dé Informes Para Detener a Jesucristo
Testimonios De Persecución a La Teología De La Liberación Durante El Arzobispado
De Alfonso López Trujillo (1979-1991)

Antonia Mejía Benjumea

Trabajo de grado presentado para optar al título de Periodista

Asesor

Raúl Hernando Osorio Vargas, Doctor (PhD) en Epistemología del periodismo

Universidad de Antioquia
Facultad de Comunicaciones y Filología
Periodismo
Medellín, Antioquia, Colombia
2024

Cita

(Mejía Benjumea, 2024)

Referencia

Muñoz Zapata, L., & Martínez Naranjo, J. A. (2018). *Recompensa: A quién de informes para detener a Jesucristo*. [Trabajo de grado profesional]. Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia.

Estilo APA 7 (2020)



Biblioteca Carlos Gaviria Díaz

Repositorio Institucional: <http://bibliotecadigital.udea.edu.co>

Universidad de Antioquia - www.udea.edu.co

El contenido de esta obra corresponde al derecho de expresión de los autores y no compromete el pensamiento institucional de la Universidad de Antioquia ni desata su responsabilidad frente a terceros. Los autores asumen la responsabilidad por los derechos de autor y conexos.

Agradecimientos

A Lisbeth y a Piedad que compartieron sus historias no solo de persecución sino también de sus vidas conmigo, cada una de sus palabras fue una muestra del amor por su compromiso espiritual. A la Obispa Olga Lucía por hablar conmigo y enseñarme que el camino se va iluminando con cada paso y solo es confiar para que te lleve a donde debes estar. Al Padre Federico por recibirme en su casa y contarme su vida llena de luchas para lograr entender a ese Jesús Pobre que guía su existencia.

A mi asesor Raúl Osorio por confiar en este trabajo de grado y entender la historia que quería contar con cada uno de estos personajes. Al profesor Jaime Peralta que me acompañó en los primeros pasos de esta investigación.

También agradezco a Laura y a Andrés por ser mis editores y apoyarme en mis dudas y crisis, a Flor y a todos mis amigos que me escucharon hablar de Teología de la Liberación sin cansarse y abrazarme en todo el proceso de escritura de este trabajo de grado.

Tabla de contenido

Resumen	6
Abstract	7
Introducción	9
Testimonios De Persecución a La Teología De La Liberación.....	26
Padre Federico Carrasquilla	26
Obispa Olga Lucía Álvarez	42
Piedad Toro	51
Lisbeth Montoya	57
Referencias	70

Resumen

Esta investigación cualitativa busca analizar los hechos de represión ideológica contra religiosos católicos vinculados a la Teología de la Liberación durante el arzobispado de Alfonso López Trujillo (1979-1991) en Medellín. El estudio emplea una metodología dual: primero, una investigación documental sobre la relación entre religión y política en América Latina, la Teología de la Liberación y la opción preferencial por los pobres; segundo, entrevistas a profundidad con religiosos que vivieron este período y entrevistas enfocadas con historiadores e investigadores. El trabajo pretende reconstruir el contexto socio-histórico de la represión ideológica mediante un método histórico que establece un diálogo entre presente y pasado, culminando en la elaboración de un reportaje escrito que documente estas experiencias pastorales.

Palabras clave: Teología de la Liberación, represión ideológica, Iglesia católica, Alfonso López Trujillo, Medellín, historia oral, labor pastoral, opción preferencial por los pobres.

Abstract

This qualitative research analyzes the ideological repression against Catholic religious figures linked to Liberation Theology during Archbishop Alfonso López Trujillo's tenure (1979-1991) in Medellín. The methodology combines documentary research on religion and politics in Latin America, Liberation Theology, and the preferential option for the poor, with in-depth interviews with religious figures who experienced this period and focused interviews with historians and researchers. Using a historical method that establishes a dialogue between present and past, the study aims to reconstruct the socio-historical context of ideological repression, culminating in a written report documenting these pastoral experiences. The research emphasizes understanding both the institutional church's response to Liberation Theology and the personal narratives of those affected by ideological persecution.

Keywords: Liberation Theology, ideological repression, Catholic Church, Alfonso López Trujillo, Medellín, oral history, pastoral work, preferential option for the poor.

RECOMPENSA
A quien de informes para detener a



JESUS CRISTO

BUSCADO- POR SEDICION , ANARQUIA CRIMINAL, VAGANCIA
Y POR CONSPIRAR CONTRA EL GOBIERNO LEGITIMAMENTE
CONSTITUIDO. VISTE POBREMENTE, DICE SER DE FAMILIA
DE CARPINTEROS. VISIONARIO DE IDEAS PELIGROSAS .
ASOCIADO CON OBREROS, AMIGO DE LOS NADAISTAS Y OTROS
VAGOS. EXTRANJERO, POSIBLEMENTE DE ORIGEN JUDIO.
ALIAS : " PRINCIPE DE LA PAZ", "HIJO DEL HOMBRE",
LUZ DEL MUNDO", AGITADOR PROFESIONAL, TIENE BARBAS Y
PELO LARGO, CON MARCAS EN LAS MANOS Y LOS PIES,
A CONSECUENCIA DE UN ENFRENTAMIENTO CON LOS GUARDIAS
DEL ORDEN Y CON CIUDADANOS RESPETABLES QUE QUISIERON
ESCARMENTARLO POR SU DEMAGOGIA.

Anónimo. Bogotá, 1970. Impreso (papel): 35 x 25 cm. Biblioteca Pública Piloto

Introducción

Los curas guerrilleros, los sacerdotes rojos, las religiosas liberales, los que se salieron del camino, los que cambiaron el Evangelio por el marxismo, esos que quisieron convertir a Jesús en un símbolo de rebeldía. Así, muchos nombraron a los sacerdotes y religiosas que siguieron la línea de la Teología de la Liberación en las décadas de los 70 y 80. Una teología nacida en América Latina que buscaba, a grandes rasgos, volver al Evangelio y comprometerse con la misión de construir el reino de Dios en la Tierra, lo que significaba hacer un compromiso social con los creyentes y ser más activos con su fe, trabajando por la liberación integral del hombre. Estos nombres mencionados al inicio, no representan la ideología de la mayoría de los que siguieron la Teología de la Liberación, sin embargo hasta este momento los sigue persiguiendo.

En 1971, el teólogo Gustavo Gutiérrez publicó su libro “Teología de la liberación”, en el que se menciona, por primera vez, el nombre de esta corriente teológica y en el que se recogió lo dicho durante la II Conferencia del Episcopado Latinoamericana que tuvo lugar en Medellín, durante 1968 y la que desde hacía varios años guiaba los pasos de sacerdotes y religiosos en el continente.

De esta teología surgieron diferentes corrientes, una de las más mediáticas y radicales fue aquella que llevó a sacerdotes, inspirados por Camilo Torres, a decidir que su compromiso también debía ser político, que debían tomar las armas y unirse a diferentes guerrillas latinoamericanas. Sin embargo, esto solo fue una fracción del grupo, otros decidieron irse a los barrios más necesitados y ayudar a los pobres con su liberación a través de procesos comunitarios y religiosos, y aunque estos no siguieron el camino del ala más radical, quedaron tachados con la misma imagen de peligrosos y subversivos, por la que fueron fuertemente perseguidos.

Antes de hablar en sí del nacimiento y de lo que guía esta teología latinoamericana, es necesario devolverse algunos años hasta 1958, al momento en que es nombrado papa Juan XXIII (1958-1963), quien en un principio se pensó que sería un papa de transición, es decir, que tendría un papado corto y que su función sería mantener la estabilidad y continuidad en la Iglesia mientras llegaba su sucesor, pero no fue así.

A tres meses de haber ocupado la silla de San Pedro, el nuevo pontífice convocó el Concilio Vaticano II con el que pretendió, en definitiva, hacer una reflexión religiosa y espiritual para empezar a tener una mejor comprensión del mundo moderno, acercarse más a su Iglesia, que es el pueblo católico, y ser una institución más activa y atenta en la búsqueda de soluciones que demandaba el entorno social. El Concilio, con esta reflexión, buscaba que la Iglesia, en todo su conjunto, se renovara y actualizara en su compromiso con los creyentes.

Según el padre Federico Carrasquilla, quien estuvo en Roma durante el nombramiento de Juan XXIII, la Curia Romana aceptó el Concilio pensando que era necesario porque habían ocurrido muchos sucesos en el mundo -II Guerra Mundial (1939-1945), inicio de la Guerra Fría (1945), el reciente triunfo de la Revolución Cubana (1959), el nacimiento de las guerrillas y una serie de golpes de Estado en diferentes países (Cuba, Colombia, Paraguay, Guatemala, Honduras y Venezuela)- había una crisis de legitimidad en el sistema político, la pobreza, el analfabetismo, la exclusión política y la represión estaban en crecimiento en todo el mundo y, por esto, pensaban que las personas necesitaban unas palabras del pontífice, pero lo que él tenía en mente era mucho más grande: una reforma a la Iglesia.

El Concilio Vaticano II inició en 1962 y tuvo su primera sesión en la Basílica de San Pedro, donde el papa precedió la inauguración y dio su discurso, en el que estableció los objetivos y metas.

Al año siguiente, Juan XXIII muere y le sucede Pablo VI (1963-1978), quien asumió la tarea al pie de la letra, tal como se había dejado planteada la continuación del Concilio.

En las cuatro sesiones que tuvo el Concilio participaron más de 2.450 sacerdotes, y como consultores que tenían voz, más no eran considerados en las votaciones, participaron teólogos invitados por el papa (Yves Congar, Karl Raner, Henri de Lubac, Hans Küng, Gerard Philips), miembros de las Iglesias ortodoxas y protestantes, y como observadores participaron católicos laicos y periodistas de diversos medios.

El sacerdote y teólogo español Forcano (1996) dijo sobre el Concilio Vaticano II que en este “por primera vez la Iglesia, desde siglos, se examina y cuestiona a sí misma, se concentra en los problemas y necesidades del hombre y se abre al mundo con una actitud nueva de respeto, servicio, diálogo y colaboración” (p. 126). Prueba de esto son los dieciséis documentos que se publicaron luego de la finalización del Concilio, en 1965, como constancia de la reflexión y de los cambios que se aplicarían para esta renovación.

Entre estos documentos se habla de la Sagrada liturgia y los sacramentos que ponen como necesaria la participación activa de todos, para esto se cambia el uso del latín en las eucaristías, por el lenguaje común que se hable en la comunidad, y así mismo respetar sus condiciones sociales y culturales.

En cuanto a las sagradas escrituras, se propuso una interpretación más contextual y menos textual. También se buscó una relación más cercana con las demás iglesias cristianas, diciendo que la variedad en la Iglesia no daña su unidad, sino que manifiesta su riqueza. En cuanto a la libertad religiosa, mencionó que la verdad no se impone más que por la fuerza de la verdad y que a las otras creencias religiosas las estima porque contienen una parte de verdad. En general, el objetivo de este Concilio fue renovar su misión de salvación y estar al servicio del Pueblo de Dios.

Estas reformas, aunque fueron aprobadas por la mayoría de sacerdotes presentes en el Concilio, no fueron bien vistas por todo el Vaticano, como cuenta Küng (2008) en sus memorias:

Verdad controvertida:

El Concilio Vaticano II concluyó sus trabajos el 8 de diciembre de 1965 (...). Había llegado el momento de llevar a la práctica los decretos. Una dirección inteligente y constructiva, con impulsos hacia delante, como bajo Juan XXIII, habría mantenido unida a la Iglesia católica, evitando la polarización. Estoy firmemente convencido de ello. Pero en el núcleo duro de la Curia romana nadie pensaba en ello. Más bien, enseguida se emprendieron desde Roma acciones o, mejor, provocaciones encaminadas a hacer fracasar la puesta en práctica del concilio. (p. 32)

Al tratarse de reformas doctrinales y litúrgicas, el Concilio no estuvo exento de debates y discusiones. Uno de los grupos que criticó fuertemente las decisiones tomadas fue la Sociedad de San Pío X, fundada por el arzobispo Marcel Lefebvre, quien las acusaba de alejarse de la ortodoxia y la tradición de la Iglesia, y que estaban dejándose influenciar por las ideologías del mundo moderno. A pesar de estas controversias, se dio la orden de ejecutar las reformas.

Uno de estos cambios, que insistía en su propuesta de diálogo, fue que los documentos aprobados en Roma fueran llevados a cada diócesis y que en estas se estudiara y se decidiera cuál era la mejor forma de aplicarlo según su propio contexto. Fue así como las ideas del Concilio Vaticano II llegaron a Latinoamérica, específicamente al CELAM -Consejo Episcopal Latinoamericano y Caribeño- que fue el encargado de convocar la II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, la cual se realizó del 24 de agosto al 6 de septiembre de 1968, en la ciudad de Medellín, Colombia, y en la que participaron 242 obispos, así como observadores y expertos invitados.

Es en esta Conferencia, también llamada Conferencia de Medellín, donde se terminan de sentar las bases para el nacimiento de la Teología de la Liberación. Los obispos invitados a esta reunión decidieron analizar no solo los documentos del Concilio, sino también la encíclica *Populorum Progressio* (El Progreso de los Pueblos), publicada por el papa Pablo VI en 1967, en la que habla de la necesidad de ser más activos y promover el desarrollo integral de los pueblos, y buscar en estos la hoja de ruta que guiaría los pasos de la Iglesia Latinoamericana en los siguientes años. A continuación, lo dice Pablo VI, *Populorum Progressio*, (1967):

Las diferencias económicas, sociales y culturales demasiado grandes entre los pueblos provocan tensiones y discordias y ponen la paz en peligro. Como Nos dijimos a los Padres Conciliares a la vuelta de nuestro viaje de paz a la ONU, «la condición de los pueblos en vía de desarrollo debe ser el objeto de nuestra consideración, o, mejor aún, nuestra caridad con los pobres que hay en el mundo —y estos son legiones infinitas— debe ser más atenta, más activa, más generosa». Combatir la miseria y luchar contra la injusticia es promover, a la par que el mayor bienestar, el progreso humano y espiritual de todos, y, por consiguiente, el bien común de la humanidad. La paz no se reduce a una ausencia de guerra, fruto del equilibrio siempre precario de las fuerzas. La paz se construye día a día, en la instauración de un orden querido por Dios, que comporta una justicia más perfecta entre los hombres.

(p. 16)

En entrevista con el licenciado en filosofía de la Universidad Centroamericana José Simeón Cañas y teólogo Ulises Salomón Amaya, él explicaba que tanto el Concilio como esta encíclica exigieron hacer un análisis del contexto latinoamericano para así aplicar las reformas que el Papa pedía. Esto señala que una de las consecuencias del Concilio haya sido que la Iglesia se abriera hacia otras áreas del conocimiento, cosa que antes no se hacía. La Conferencia de Medellín decide

optar por el marxismo como método de investigación social, pero según Amaya solo se usó para entender cómo funciona la sociedad, porque el marxismo ayuda a comprender bien cómo funciona este tipo de sistemas. Esta decisión más tarde será fuertemente criticada dentro de la Iglesia.

Durante el análisis del contexto se encontraron con que en el Continente la mayoría de la población era católica, que el problema que enfrentaban era la pobreza y que en eso se debería centrar su misión. La Conferencia de Medellín, que duró trece días, concluyó que el Evangelio exigía una opción preferencial por los pobres y que era necesario recurrir a las ciencias humanas y sociales para definir las formas en que debe realizarse dicha opción.

Fue al final de este encuentro, mientras se editaba el documento oficial que sería publicado, cuando empezó a tomar protagonismo Alfonso López Trujillo. Al igual que el Concilio Vaticano II, la Conferencia de Medellín también despertó algunos debates y se convirtió en un tema polémico en la Iglesia Latinoamericana. Algunos sacerdotes más conservadores se opusieron totalmente a las indicaciones que propuso el CELAM. Tal fue el caso que, como lo cuenta la obispa Olga Lucía Álvarez, quien fue una de las secretarías de la Conferencia, encargada de pasar a máquina el texto final, el obispo auxiliar de Venezuela, ultraconservador, Monseñor Luis Eduardo Enríques, ayudado por el arzobispo Aníbal Muñoz Duque y Alfonso López Trujillo, quien para ese momento aún no había llegado a ser arzobispo, escribieron un contra-documento e intentaron que las secretarías lo cambiaran y publicaran para que fuera este el oficial. Sin embargo, las secretarías no lo hicieron, pues decidieron seguir siendo fieles al CELAM.

El documento de esta conferencia fue publicado y conocido bajo el nombre de Documentos finales de Medellín (1968). En él se consolidan las bases de la Teología de la Liberación que apuntan a su opción preferencial por los pobres:

En nuestro Continente, millones de hombres se encuentran marginados de la sociedad e impedidos de alcanzar la plena dimensión de su destino, sea por la vigencia de estructuras inadecuadas e injustas, sea por otros factores, como el egoísmo o la insensibilidad. Por otra parte, en él se está imponiendo la conciencia de que es necesario poner en marcha o activar un proceso de integración en todos los niveles: desde la integración de los marginados a los beneficios de la vida social, hasta la integración económica y cultural de nuestros países. (Pastoral de conjunto, párrafo 1)

El profesor Antonio José Echeverry (2002), explica el nacimiento del movimiento teológico de la liberación:

En Latinoamérica la Teología de la Liberación fue la resultante de la búsqueda de Dios y de cómo testimoniarlo en la realidad social, económica y política del continente. (...) Es un diálogo desde la fe con la realidad; indudablemente surgió de la necesidad urgente de los cristianos de transformar la realidad social de los pobres del Continente. Por esto, la metodología de la Teología de la Liberación es diferente de la metodología de la teología tradicional. (p. 279)

A partir de la Conferencia empezaron a surgir pequeños grupos con diferentes posiciones alrededor de la Teología de la Liberación, unos con una posición más conservadora y reacios a los nuevos lineamientos que proponía el CELAM, otros más liberales que apoyaban la renovación de la Iglesia y unos más radicales inspirados en el socialismo, que eran incluso, propensos al uso de las armas para continuar con su compromiso con los pobres. Un ejemplo de estos últimos en Colombia, es Golconda, un grupo de sacerdotes que el 13 de diciembre de 1968 publicaron su famoso manifiesto en el que, inspirados en la Conferencia de Medellín, propusieron un cambio estructural “una verdadera revolución”. En la Declaración del grupo de Golconda (Viotá -

Cundinamarca,1968), firmado por cincuenta sacerdotes, quince de los cuales prefirieron permanecer en el anonimato para evitar posibles represalias, afirmaron que era necesario tener:

Una actitud pastoral militante, tendiente a eliminar todas aquellas circunstancias que conspiran contra la dignidad humana (...) Un compromiso con la acción revolucionaria contra el imperialismo y la burguesía neocolonial, evitando caer en actitudes meramente contemplativas y, por lo tanto, justificadoras. (p. 238)

Las conclusiones que salieron de la Segunda Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en Medellín y los demás encuentros de sacerdotes progresistas, como Golconda, hicieron que las más altas instancias de la institución eclesiástica y los estamentos políticos y económicos de los países de América Latina sintieran miedo por una posible influencia comunista, por lo que empezaron a organizar una estrategia desde lo eclesial y político para desmontar estas ideas.

Como se enunció al inicio, en 1971 el teólogo Gustavo Gutiérrez publicó su libro Teología de la Liberación, donde explicó su compromiso por los pobres, diciendo que la fe cristiana no podía quedar como un asunto meramente espiritual, sino que también debía tener consecuencias en el mundo, en la realidad actual, porque es en esta en donde debe empezar la construcción del Reino de Dios. Afirmó que para que esta teología cumpliera su objetivo de liberar a los oprimidos, era necesario tener en cuenta la dimensión social y política del mensaje del Evangelio y de Jesús, buscar que los pobres pudieran ser agentes de su propio cambio, que fueran ellos mismo quienes lucharan contra la opresión y la injusticia a las que el sistema los sometía. La Teología de la Liberación, según Gutiérrez, asume su compromiso en la transformación de la sociedad para hacer realidad la promesa del Reino de Dios en el mundo.

La década de 1970 fue una época de renovación para Latinoamérica, la Teología de la Liberación iba ganando terreno en todo el continente. En Medellín muchos sacerdotes se fueron a los barrios populares, a las laderas de la ciudad, a compartir con los pobres, a conocer su vida y a enseñar cómo el Evangelio podía ser ejemplo de vida y de cambio. Sacerdotes y religiosos fundaron movimientos y corporaciones en los lugares más marginados de la ciudad, con los que pretendieron apoyar el desarrollo social y comunitario de la ciudad y el departamento, ayudaron a mejorar la calidad de vida de barrios enteros como el barrio Popular, a través de la organización comunitaria y la lucha por los derechos de sus habitantes.

Barrios como este también se convirtieron en sede de Comunidades Eclesiales de Base - CEBS- que buscaron emular las primeras comunidades cristianas mencionadas en Hechos de los apóstoles (en el Nuevo Testamento), las cuales eran pequeños grupos que se reunían en casas para hablar de las enseñanzas del Evangelio y orar juntos. Al igual que estas, las CEBS, que aún siguen existiendo, son comunidades pequeñas que se encuentran para hablar y reflexionar sobre las enseñanzas del Evangelio, discutir sobre la realidad social y trabajar en proyectos de desarrollo comunitario. Las CEBS se resumen en su objetivo de promover una fe activa y comprometida con la transformación social y la solidaridad entre los mismos miembros de la comunidad.

Leonardo Boff, un teólogo brasileño y una de las figuras más importantes para el desarrollo de las CEBS, en su libro *Iglesia, carisma y poder* (2002), se refiere a estas comunidades:

La comunidad eclesial de base no es tan sólo un instrumento de evangelización en medios populares. Es mucho más. Es una nueva manera de ser Iglesia y de concretar el misterio de la salvación vivido comunitariamente. La Iglesia no es únicamente la institución (la Escritura, la jerarquía, la estructura sacramental, la ley canónica, las normas litúrgicas, la doctrina ortodoxa y los imperativos morales). Todo esto posee un valor perenne y necesario.

Pero la Iglesia es también acontecimiento: surge, nace y se reinventa siempre que los hombres se reúnen para escuchar la Palabra de Dios. (p. 201)

La popularidad de la Teología de la Liberación seguía en crecimiento, así como los intentos de desmeritar las ideas que esta proponía. Poco a poco, los grandes cargos institucionales de la Iglesia católica se fueron ocupando por sacerdotes conservadores y de una línea mucho más tradicionalista que pudieran ponerle freno al avance de esta teología latinoamericana. En 1972, el obispo Alfonso López Trujillo, a quien mencionamos anteriormente por su colaboración en el contra-documento de la Conferencia de Medellín, es nombrado secretario general del CELAM. Él, conocido por su posición ultraconservadora, comenzó desde su puesto una constante lucha por erradicar las ideas de la Teología de la Liberación.

Su posición ideológica, los contactos de poder que tenía dentro de la Iglesia, así como el nombramiento del nuevo Papa Juan Pablo II, en 1978, hizo que ascendiera rápidamente en la jerarquía eclesial, hasta llegar a ser cardenal en 1983. El nuevo pontífice marcaría una nueva posición oficial de la Iglesia, que tendría repercusión en Latinoamérica y en el mundo.

La primera impresión que daba Juan Pablo II era que iba a ser un aliado de la causa del pobre, debido a su experiencia como polaco en la II Guerra Mundial. Sin embargo, rápidamente empezó a demostrar lo contrario. Se propuso restaurar la disciplina en la Iglesia y controlar a los grupos contestatarios, usó su influencia para intervenir en los procesos de la Teología de la Liberación en el continente.

La concepción inicial de que su experiencia durante la guerra iba a definir algunas líneas de su papado, no era del todo equivocada, solo iba en una dirección diferente, su vivencia en la dictadura comunista en Polonia hizo que el pontífice rechazara cualquier idea que se asemejara, aunque fuera un poco, a esta corriente política. El periodista y doctor en historia, Martínez (2020),

en una nota publicada en el periódico La Vanguardia sobre los quince años de la muerte del Papa Juan Pablo II, escribe:

A su juicio, en América Latina estaba desapareciendo la diferencia entre catolicismo y marxismo. Se corría el peligro de que la Iglesia quedara reducida a instancia de reivindicación social, con olvido de sus valores espirituales.

Esta fue la inquietud que le manifestó a Henry Kissinger, antiguo secretario de Estado norteamericano, en una entrevista en 1979. Kissinger quedó impresionado por la manera en que Juan Pablo priorizaba la verdad doctrinal, aunque fuera al precio de arriesgar el apoyo de un sector de sus bases. (párr. 12-13).

La posición no solo religiosa, sino también política del Papa fue evidente, y López Trujillo decidió aprovecharse de esto y poner de bandera la lucha contra el comunismo, para así estar del lado del sumo pontífice y seguir acumulando poder a su favor.

En 1979, López Trujillo fue asignado como arzobispo de Medellín y desde allí lideró la persecución a los sacerdotes progresistas de la ciudad, como lo afirma Faciolince (2006), en su columna El verdadero malhechor:

En los años 70 y 80, sacó de las parroquias populares a los curas más comprometidos con la gente de su barrio. Porque no usaban sotana, o porque en los sermones hablaban con el lenguaje del pueblo, o porque apoyaban a los parroquianos en sus solicitudes de escuelas, agua potable, vivienda digna y alcantarillado, los consideraba peligrosos, y si no los excomulgaba y condenaba al infierno, al menos los confinaba en el limbo de ninguna parte. Los mejores curas de Medellín, por las persecuciones de este arzobispo despiadado, terminaron en África o en islas del Caribe, o convertidos a la iglesia episcopal. (párr. 4)

En 1984 y 1986 el cardenal Joseph Ratzinger, bajo el permiso de Juan Pablo II, publicó dos documentos llamados *Libertatis nuntius* y *Libertatis conscientia*, en los que advierte de los peligros de la resignificación que la Teología de la Liberación propone acerca del Evangelio. En *Libertatis conscientia*, Ratzinger (1986) dice:

La Iglesia de Cristo hace suyas estas aspiraciones ejerciendo su discernimiento a la luz del Evangelio que es, por su misma naturaleza, mensaje de libertad y de liberación. En efecto, tales aspiraciones revisten a veces, a nivel teórico y práctico, expresiones que no siempre son conformes a la verdad del hombre, tal como ésta se manifiesta a la luz de la creación y de la redención. Por esto la Congregación para la Doctrina de la Fe ha juzgado necesario llamar la atención sobre «las desviaciones y los riesgos de desviación, ruinosos para la fe y para la vida cristiana». Lejos de estar superadas, las advertencias hechas parecen cada vez más oportunas y pertinentes. (1. Aspiraciones a la liberación, párrafo 2)

Los peligros a los que se refería Ratzinger tenían que ver con que el compromiso social de la Teología de la Liberación coincidió con algunas banderas de grupos radicales, como en el caso de Colombia, donde algunos sacerdotes vieron reflejado su compromiso con guerrillas como el ELN en Colombia, el Frente Sandinista, en Nicaragua, entre otras. Sin embargo, para el teólogo Amaya, “casos como el de Camilo Torres y del Sandinismo son los que ciertos grupos utilizan para decir que la Teología de la Liberación está asociada a la guerrilla, pero no es así. Esas son opciones que toman ciertas personas que se adhieren a esta corriente teológica, pero no significa que la Teología de la Liberación esté llamando o incitando a eso”.

La utilización del método marxista también fue una de las grandes críticas que se le hizo a la Teología de la Liberación, incluso Küng (2008) hace una advertencia sobre este tema: “Hay que

evitar la identificación acrítica del compromiso teológico-liberador con la opción política por el socialismo y la socialización de los medios de producción” (p. 560).

El miedo de que el socialismo o comunismo se introdujera en la Iglesia hizo que el Vaticano y otras autoridades latinoamericanas aumentaran su esfuerzo en el ataque a la Teología de la Liberación. En 1979, durante la inauguración de la III Conferencia General del CELAM en Puebla, México, Juan Pablo II aprovechó su discurso para hacer algunas críticas y advertencias a los seguidores de este movimiento:

Ahora bien, corren hoy por muchas partes –el fenómeno no es nuevo– “relecturas” del Evangelio, resultado de especulaciones teóricas más bien que de auténtica meditación de la Palabra de Dios y de un verdadero compromiso evangélico. Ellas causan confusión al apartarse de los criterios centrales de la fe de la Iglesia y se cae en la temeridad de comunicarlas, a manera de catequesis, a las comunidades cristianas.

En algunos casos o se silencia la divinidad de Cristo, o se incurre de hecho en formas de interpretación reñidas con la fe de la Iglesia. Cristo sería solamente un “profeta”, un anunciador del reino y del amor de Dios, pero no el verdadero Hijo de Dios, ni sería, por tanto, el centro y el objeto del mismo mensaje evangélico.

En otros casos se pretende mostrar a Jesús como comprometido políticamente, como un luchador contra la dominación romana y contra los poderes, e incluso implicado en la lucha de clases. Esta concepción de Cristo como político, revolucionario, como el subversivo de Nazaret, no se compagina con la catequesis de la Iglesia”. (p. 4)

Para esta III Conferencia del CELAM, Alfonso López Trujillo cumplió como secretario general del Consejo Episcopal Latinoamericano. En su discurso, al igual que el de Juan Pablo II,

se opuso a las ideas progresistas de la teología latinoamericana y recalcó la importancia de volver a la ortodoxia de la Iglesia. El Documento de Puebla III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano (1979) trazó lineamientos diferentes a los de Medellín:

La Conferencia de Medellín apuntaba ya, hace poco más de diez años, la comprobación de este hecho: «Un sordo clamor brota de millones de hombres, pidiendo a sus pastores una liberación que no les llega de ninguna parte» (Med. Pobreza de la Igl. 2)

El clamor pudo haber parecido sordo en ese entonces. Ahora es claro, creciente, impetuoso y, en ocasiones, amenazante.

La situación de injusticia que hemos descrito en la parte anterior nos hace reflexionar sobre el gran desafío que tiene nuestra pastoral para ayudar al hombre a pasar de situaciones menos humanas a más humanas. Las profundas diferencias sociales, la extrema pobreza y la violación de derechos humanos que se dan en muchas partes son retos a la Evangelización. Nuestra misión de llevar a Dios a los hombres y los hombres a Dios, implica también construir entre ellos una sociedad más fraterna. Esta situación social no ha dejado de acarrear tensiones en el interior mismo de la Iglesia; tensiones producidas por grupos que, o bien enfatizan «lo espiritual» de su misión, resintiéndose por los trabajos de promoción social, o bien quieren convertir la misión de la Iglesia en un mero trabajo de promoción humana. (párrafos 88-90)

Para entender el porqué la Iglesia Católica en Medellín permitió que un sacerdote como López Trujillo llegará a ser arzobispo y dirigiera esta persecución sin que nadie lo parara, sino que,

por el contrario, lo siguieran ascendiendo, es necesario entender las características de la ciudad. No se puede separar a la Iglesia de su contexto.

Medellín estaba iniciando una de sus épocas más oscuras en cuanto a violencia y problemáticas sociales. En breves líneas lo refiere el Centro Nacional de Memoria Histórica (2017) en el texto Medellín: memorias de una guerra urbana: “Medellín, la ciudad de la eterna primavera, comenzó a marchitarse” (p. 50).

Durante las décadas del 70 y 80 hubo una crisis de vivienda en Medellín, lo que hizo que muchas personas se desplazaran hacia las laderas de la ciudad, en donde no había presencia del Gobierno ni una planificación para los barrios que se iban desarrollando rápidamente en estas áreas. Esto hacía que las condiciones sociales y de seguridad no fueran las adecuadas para un buen desarrollo económico y social. Este periodo inició el auge del mercado del narcotráfico y con este la violencia protagonizada por el Cartel de Medellín, con la complicidad de organismos estatales.

La crisis financiera entre 1982 y 1986, que afectó a todo el país, tuvo un gran efecto en la industria antioqueña y en los trabajadores de la ciudad. En el mismo texto del Centro Nacional de Memoria Histórica, se dice que

La protesta social también aumentó en el país, en especial entre los trabajadores: las huelgas se hicieron más frecuentes y masivas que en la década anterior (Archila, 2003, página 202); la participación estudiantil, barrial y del activismo político de izquierda fue notoria, sobre todo en los paros nacionales convocados en 1981, 1985 y 1988, lo que produjo la respuesta represiva de la fuerza pública, en medio de una sobrevaloración del peligro comunista. (pp. 65-66)

La persecución política y los miedos asociados al comunismo, la guerrilla, y la izquierda en general fueron permeando todo el ambiente, no solo en Colombia, sino en el mundo. Es por esto

que se puede afirmar que lo que perseguía López Trujillo no fue en sí la opción preferencial por los pobres, sino el comunismo.

Como se mencionó anteriormente, la Teología de la Liberación usó el método marxista para poder entender el mundo y por esto el arzobispo, como cuenta el padre Federico Carrasquilla: “A todos los que estaban al lado del pobre y luchando por el pobre, que no fuera haciendo obras sociales, los consideraba marxistas”.

Con el poder que iba adquiriendo y los cargos cada vez más altos que iba ocupando, su hostigamiento hacia los sacerdotes de la opción por los pobres fue creciendo. En el documento redactado por Pacific School of Religion (2016), se enuncian casos escandalosos en los que está implicada la Iglesia Católica. Así, específicamente, aparecen casos con el nombre de Alfonso López Trujillo:

Al Padre Eliseo Tobón, por la animación carismática de las eucaristías, por criticarle directamente, le destituyó y allanó ilegalmente. Al P. Federico Carrasquilla, por su compromiso con los sectores populares, le escribió, visitó, hizo llamados de atención, le suspendió de sus funciones, le separó de la parroquia; tensiones que le provocaron un derrame cerebral ante lo que el indolente cardenal le mandó a decir que era un castigo de Dios. Al P. Carlos Alberto Calderón, por ser parte del Secretariado Latinoamericano del Movimiento Internacional de Estudiantes Católicos, al que el cardenal consideraba lejano a los afectos del papa Juan Pablo II, por ser simpatizante de la Teología de la Liberación, por insertarse en un barrio popular, el cardenal lo inspeccionó, acosó, censuró sus libros, le intimidó y amenazó, obligándolo a retirarse de la arquidiócesis. (p. 64)

Cada vez era más común escuchar casos como estos alrededor de la figura del arzobispo de Medellín. En esta investigación se cuentan los testimonios de cuatro personajes que fueron víctimas

directas o espectadores de su accionar: el padre Federico Carrasquilla, quien también es mencionado en el informe, es de los pocos sacerdotes que lograron, a pesar del hostigamiento, continuar en su puesto sacerdotal en diferentes barrios de la ciudad; la obispa anglicana Olga Lucía Álvarez, una de las secretarías presentes en la Conferencia de Medellín, más adelante misionera de la Unión Femenina Misionera y colaboradora del departamento de Teología en el Instituto Colombiano de Desarrollo -ICODES-, donde sufrió un allanamiento en su oficina, y por lo que tuvo que salir exiliada a Estados Unidos para evitar ser detenida; Lisbeth Montoya quien fue religiosa y testigo de cómo los libros asociados a la Teología de la Liberación, que vendían las librerías de la comunidad religiosa, desencadieron persecuciones; y Piedad Toro, que fue criada en compañía de las hermanas Adoratrices, quienes fueron presionadas ideológica y económicamente para dejar a un lado su trabajo en los barrios y con mujeres en ejercicio de prostitución.

Estos hostigamientos y persecuciones sucedieron a plena luz del día y varios sacerdotes y religiosas buscaban llamar la atención, sobre este asunto, en el Vaticano para que se hiciera algo con López Trujillo. Sin embargo, estos llamados no llegaron o no fueron escuchados. Por el contrario, en vez de que el arzobispo fuera reprendido, en 1983 fue nombrado cardenal y su influencia en la Iglesia fue cada vez más fuerte.

En 1986 el papa Juan Pablo II visitó Colombia y, según el teólogo Amaya, Hélder Câmara fue uno de los que se le enfrentó en su visita en Colombia diciéndole que si no hacía algo con el cardenal López Trujillo, entonces iba a enfrentar un sínodo en la Iglesia. La Iglesia latinoamericana se podría desvincular del Vaticano debido a los constantes rechazos que este demostraba hacia la Teología de la Liberación. Con el pronunciamiento de Câmara, se hace evidente lo dicho por Küng en el texto antes citado:

Aquí se hace de nuevo patente hasta qué punto en Roma se ve la realidad de Latinoamérica con ojos europeos, sin la menor sensibilidad hacia una “teología contextual” cuyo contexto no es el de la cultura greco-helenista de los siglos IV y V, sino las experiencias de injusticia y opresión en el continente latinoamericano de los siglos XX y XXI. (p. 560)

Hay, desde luego, una confrontación entre la Teología latinoamericana con Roma, pues sus contextos son diferentes, por lo que el Evangelio no se puede vivir de la misma manera en ambos lugares del planeta.

La posición del Vaticano respecto a la Teología de la Liberación hizo que personajes como López Trujillo crearan un tejido político e influencia muy fuerte, hasta el punto de que no se le castigaba por los medios que utilizaba, siempre y cuando, fuera en pro del ataque al comunismo. Él tenía un sistema que lo protegía, incluso hoy después de quince años de su muerte.

Esta investigación pretende, a través de testimonios, contar la situación de los sacerdotes y religiosas, seguidores de la Teología de la Liberación en Medellín durante el arzobispado de Alfonso López Trujillo, que comprendió desde 1979 hasta 1991.

Testimonios De Persecución a La Teología De La Liberación

Padre Federico Carrasquilla

El encuentro con el padre Federico Carrasquilla fue en su casa, ubicada en una montaña de Bello, cerca a la cárcel Bellavista. Lo esperé en un salón rodeado de sillas, todas diferentes, carteleras viejas con mensajes de navidad, cumpleaños y gratitud, fotos y cojines estampados con imágenes que mostraban décadas de trabajo comunitario.

Llegó con su bastón y su caminar despacio hasta mi lado. Se sentó cerca, en una silla de madera con una mesita, algo así como un pupitre escolar.

Es uno de los personajes principales de la Teología de la Liberación por su trayectoria, que empieza en el seminario, pasa por su participación en Sacerdotes por América Latina, su corto trayecto por Golconda, su pensamiento y escritos al rededor del pobre.

Fue ordenado sacerdote en 1959, vivió de cerca el nombramiento de Juan XXIII y el inicio del Concilio Vaticano II. En 1962 regresó a Medellín en 1968, cuando se celebra la II Conferencia Episcopal Latinoamericana. Allí escuchó las reflexiones que sus compañeros sostenían sobre el pobre, pero que para él ya eran ideas conocidas desde su estadía en Roma y su trabajo en el barrio Popular, en el que se daba un proceso de invasión.

Federico se convirtió en uno de los líderes históricos del barrio Popular, publicó su libro “Antropología del pobre” y hoy, con sus casi 90 años de vida, sigue de cerca su Corporación Convivamos, que promueve el fortalecimiento del movimiento comunitario, el desarrollo local y los derechos humanos en diferentes comunas de Medellín.

La conversación que sostuvimos duró más de dos horas. Su memoria recorrió con exactitud cada fecha y momento por los que ha pasado, y su voz, lentamente, contó la historia de un movimiento que él vio nacer y del que dice que no necesita leer más, porque lo vivió todo personalmente.

Testimonio

De López Trujillo se dicen muchas cosas, pero todo eso es falso. La realidad es peor. A él hay que tomarlo no como persona, sino como la encarnación de un sistema clerical que nada tiene que ver con el Evangelio. Él tenía una cosa que, yo digo, era como satánica, le buscaba siempre el lado flaco a los curas y por ahí los atacaba para sacar sus intereses, fuera dinero o poder, era una obsesión enfermiza y la estructura clerical es la peor porque no tiene correctivos, es de poder sacral y absoluto. López era un poquito como lo que dicen de Hitler: que el problema no era Hitler, sino el sistema en el que estaba. El problema no estaba en López, sino en el sistema que lo protegía y le permitía hacer las cosas que hacía.

Estuvo veinte años encima de mí, me llamaba cada semana. Por ejemplo, una vez me dijo:

–¿Cómo te fue anoche en la reunión con ese grupo de guerrilleros, en la que estuviste por allá en la 46? Tranquilo, yo sé, yo te ayudo. Te doy la confianza.

–No, nada –le respondí.

–Te están calumniando. Coge esta hoja y escribe que todo lo que están diciendo contra ti, de que estabas en un grupo de esos, es falso y ya con eso queda la constancia.

Yo nunca le seguí el hilo, ¿para qué iba a firmar eso? Otro día se le metió en la cabeza que todo lo que se publicaba en contra de él, era porque yo se lo decía a la prensa, que era yo el que filtraba esa información, así que llegó con una hoja diciendo que escribiera ahí, que todos los ataques en contra de él, venían de mí y que yo confesaba todo y él me perdonaría. Me acosó tanto que al final le dije que sí. Agarré la hoja y empecé: “Por orden del señor cardenal confieso que todos los ataques que le hacen, vienen de parte mía. Yo no creo que sea así, pero si él dice que sí, yo lo acepto”. López no me pudo encontrar pelea, pero ese era el mecanismo que él utilizaba para manipular, pero repito: el problema no está en él, sino en un sistema que lo protege y que aún lo sigue protegiendo.

Para entender la posición de López es fundamental el método que se usó en la Teología de la Liberación, el marxista. Marx no elaboró un método como tal, pero sí había uno que iba dentro de su perspectiva. Entonces quedó con que la Teología de la Liberación era marxista y aunque en la II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en Medellín, y en el libro *Teología de la liberación* de Gustavo Gutiérrez¹, quedó muy claro que no era así, para el público, la Teología de la Liberación quedó con una marca política.

A todos los que estaban al lado del pobre y luchando por el pobre, que no fuera haciendo obras sociales, los consideraba marxistas. López los veía en todas partes y los atacaba, haciendo un mal bárbaro en la Iglesia. Aunque hay que decir que no siempre fue así, él estudió en Roma e hizo su tesis sobre la liberación cristiana, liberación marxista y empezó muy abierto, pero cuando vió que eso no le daba poder, se desentendió del tema. Ahí entendí que la pelea de López con la Teología de la Liberación era contra el marxismo, no contra la opción por los pobres.

Cuando inició el pontificado de Juan Pablo II, López vio el rechazo visceral al marxismo que tenía el Papa por todo lo sucedido en Polonia, así que tomó la bandera contra el marxismo, para subir más rápidamente dentro del poder en la Iglesia, y lo logró convirtiéndose en cardenal. Sin embargo, la persecución no inició con López.

Al principio a nosotros no nos tomaban en serio, no nos ponían atención. Después, empezó a ser más una cuestión disciplinaria que ideológica, por lo menos en mi caso. Yo había terminado mis estudios de teología en Roma y allí me tocó el nombramiento de Juan XXIII, que a los tres meses lanzó el Concilio Vaticano II (en 1962), y la primera sesión del Concilio. Ese mismo año regresé a Medellín con todo lo nuevo que se estaba hablando y traté de aplicarlo a la brava.

¹ Este libro recoge las reflexiones de lo discutido en la II Conferencia Episcopal Latinoamericana. Fue publicado en 1971 y fue la primera vez que se usó el término Teología de la Liberación

Yo llegué un lunes y el miércoles me nombraron rector de filosofía del seminario . En el comedor, en una mesa a parte, comíamos los tres rectores: el del seminario, el de teología y yo. Ellos dos eran mis superiores y a los ocho días les digo yo: “Oiga monseñor, ¿por qué a nosotros nos dan comida mejor que a los seminaristas?” A nosotros nos ponían una bandeja y al lado un plato para que nos sirviéramos; a los seminaristas les llevaban ya la comida servida y muy mala. Al mes yo no me aguanté más, cogí el plato de la bandeja, fui hasta un seminarista y se lo cambié por el de él para mostrarle a los rectores lo que los seminaristas estaban comiendo. A los tres meses me botaron, pero me dejaron como profesor de tiempo completo.

En las clases, desde el primer día empecé a decirles a todos: “Todo lo que a ustedes les enseñaron no les sirve para nada” y con eso estaba quebrando dos cosas que son intocables en la Iglesia: la jerarquía y la ortodoxia. Duré tres años hasta que de nuevo me echaron, pero era más un asunto disciplinario porque yo pude haber hecho eso mismo, pero de otra manera.

En total estuve cinco años en el seminario y por esa época estaba naciendo la invasión en el barrio Popular. Entonces yo iba a la parroquia de Villa del Socorro los domingos a reemplazar al cura, que era Vicente Mejía², él iba a luchar por la gente, por los pobres y por los invasores.

Desde mi llegada a Medellín había estado buscando cómo trabajar entre los pobres, hasta que en 1968 el obispo me dejó irme para el Popular, a la parroquia La Divina Providencia. Llegué allá como a la tierra prometida y pensé: ahora sí voy a realizar lo mío. La realidad es que fui a vivir, comer y trabajar como los pobres. Empecé a trabajar en una carpintería, pero el dueño no tenía para pagarme así que solo podía ser su aprendiz. Corté todas las seguridades que tenía de medicina y de todo. Sentí que estaba realizando plenamente la vida del pobre, que era como un pobre.

² Vicente Mejía fue un sacerdote y una de las figuras más importantes de la Teología de la Liberación en Medellín. Lideró varias comunidades de base en los barrios más marginados de la ciudad y acompañó la fundación de asentamientos ilegales.

Ese mismo año vino la conferencia de Medellín, y ¿de dónde nació la conferencia Medellín? Del Concilio Vaticano II que inició Juan XXIII en 1962. A mí me tocó el primer año de él y no hizo más daño porque no estuvo más tiempo. Desde que fue nombrado empezó a cambiar todo. El cambio de papa fue como pasar de un extremo a otro, de una sacralización bárbara a la vida cotidiana.

Pío XII creía que era un poquitico más bajito que Dios, que verlo era como ver a Dios y todo en la Iglesia era absolutamente sagrado. Tenía una figura alta, elegantísima, era de la nobleza romana y Juan XXIII era bajito, gordo, campesino y si uno cerraba los ojos creía que estaba hablando un tipo del mercado o un taxista, pero rompió así, de una.

Debido a una insuficiencia cardíaca Pío XII murió en un mes y eso cogió a la curia romana desprevenida, entonces decían que había que nombrar a un papa de transición, lo que significaba que tenía que ser: viejo, enfermo, no muy inteligente y que fuera muy buena gente. La persona que encontraron fue al patriarca de Venecia, Angelo Roncalli, Juan XXIII que decían que tenía el Principio de Peter, es decir, era un tipo incompetente que lograba llegar a puestos grandes. Pero resulta que no fue así.

A los tres meses de ser elegido, Juan XXIII lanzó el concilio y la Curia Romana lo aceptó, pensando que era necesario porque habían pasado las dos guerras mundiales que habían dejado cosas muy malas en el mundo y la gente necesitaba unas palabras, pero el Papa dijo que el concilio no era para la gente sino para la Iglesia que necesitaba ser reformada. Lo que hizo el Concilio no fue cambiar un sistema sino la perspectiva. La propuesta fue volver a la fuente que era Jesús y el Evangelio, hacer el mensaje de Dios más claro y más cercano para la gente.

Durante las conferencias de los miércoles él respondía todas las críticas que le hacían sobre el lanzamiento del concilio, siempre respondía todas las preguntas, excepto por dos, la primera:

¿por qué reformar la Iglesia? si las instituciones solo se reforman cuando van para abajo y la Iglesia estaba en su mejor momento de la historia, incluso, todos los seminarios estaban llenos, la segunda: ¿cómo reformar la Iglesia? si la Iglesia es de Jesús y él es el único que puede tocarla. Juan XXIII no respondió sino hasta seis meses después estas preguntas ante los obispos franceses.

A la primera pregunta respondió que la reforma a la Iglesia no era porque estuviera mal, sino todo lo contrario. Hizo un elogio a la labor de Pio XII y continuó diciendo que las guerras mundiales habían creado un mundo aparte de la Iglesia y que esta había sido hecha por Jesús como fermento y levadura, que entonces no era para reformar la Iglesia porque estuviera mal sino porque, como decimos nosotros, estaba en el lugar equivocado. Les puso dos ejemplos a los obispos franceses, dijo que el latín era una lengua clásica que le había prestado un servicio extraordinario a la Iglesia, que había servido de vínculo y unidad, pero que eso no era lo que hablaba la gente y que cuando iban a la iglesia encontraban otro idioma, que pasaba lo mismo con el canto gregoriano, que era bellísimo y clásico, pero eso no era lo que cantaba la gente. Las personas no lo entienden. Aseguraba que el Concilio era para reformar la Iglesia por ese motivo, para que fuera más cercana. En cuanto a la segunda pregunta, fue más sencilla de responder, que sí el único que podía reformar la Iglesia era Jesús pues precisamente por eso iban a volver a él, a la fuente.

El Concilio Vaticano II inició y Juan XXIII que de bruto no tenía nada, ya lo había ideado todo en su cabeza, tanto así, que en la primera sesión, en la única que pudo estar antes de su muerte, la Curia Romana llevó el documento que él había escrito sobre todo el Concilio, pero un grupo de cardenales se sublevó diciendo que si el Concilio era solo para aprobar documentos que entonces ¿para qué reunirse? Fueron hasta donde Juan XXIII quien les dijo que era lo que ellos quisieran. Para la segunda sesión del Concilio lo sucedió Pablo VI quien fue cien por ciento fiel al documento que había dejado su predecesor.

El Concilio se terminó en el 65 y ordenó que lo decidido en él, se aplicara a todas las diócesis, así que a monseñor Larraín, obispo chileno y director del CELAM -Consejo Episcopal Latinoamericano y Caribeño-, le propusieron, o lo obligaron, a aplicar el Concilio. Larraín hizo un grupito con monseñor Hélder Câmara y Gustavo Gutiérrez³ que habían trabajado con los movimientos de iglesia que, desde 1925, tenían el método de *Ver, juzgar y actuar*⁴.

La orden fue aplicar el Concilio a todas las diócesis, bajar el Concilio para adecuarlo al contexto latinoamericano, pero ellos decidieron hacer lo contrario: mirar primero la realidad, iluminarla con el Concilio y ver qué se podía hacer. Entonces, claro, al acercarse a la realidad descubrieron que el 80% de los pobres de Latinoamérica eran cristianos, eso fue lo primero de lo que partió la Iglesia latinoamericana para sacar las ideas y las doctrinas que se aplicarían.

Las ideas que habían concebido los tres fueron llevadas a la Conferencia de Medellín en 1968, y en 1972 Gustavo Gutiérrez escribió la *Teología de la liberación*, que nació propiamente de la conferencia. A mí me tocó todo ese nacimiento, y aunque no he leído todos los artículos, sino algunos, no he visto que se hable de que la Teología de la Liberación nació de la reflexión sobre la praxis de fe de los cristianos, lo cual implica una ambigüedad. Nosotros, el grupito de Medellín, lo tuvimos bien presente, pero no quisimos romper esa ambigüedad porque iba a parecer como que estábamos divididos.

Toda teología auténtica surge de la palabra de Dios y la Teología de la Liberación surge de la realidad. Lo que se hizo en la Conferencia de Medellín fue mirar la realidad y, a partir de esta,

³ Hélder Câmara (1909-1999) Sacerdote brasileiro, defensor de derechos humanos y una de las figuras principales de la Teología de la Liberación.

Gustavo Gutierrez (1928) Sacerdote y teólogo peruano. Para algunos es considerado el padre de la Teología de la Liberación.

⁴ Este método nació en la Juventud Obrera Cristiana (JOC) y fue acogido por la Teología de la liberación como método de acción para transformar la realidad.

elaborar la teoría. Esa también fue la perspectiva de Marx en la tesis once de Feuerbach⁵. Tanto fue así que en el primer simposio que hicieron en Europa sobre la Teología de la Liberación, el simposio de Toledo, dijeron que eso era una sociología o una ética.

En la Teología de la Liberación todos partíamos de la realidad, pero surgieron dos líneas: a unos les interesaba la dimensión política de la evangelización y a otros les interesaba la dimensión evangelizadora de la política. En unos el acento era puramente teológico, mientras que en los otros había más elementos de lo social.

En el primer grupito que formamos en Medellín tuvimos siempre bien claro que lo de nosotros era la dimensión política de la evangelización, a los otros les interesaba más la lucha política, y eso fue de lo que más se habló por fuera. Lo nuestro era el anuncio del mensaje liberador de Jesús pero la evangelización no se puede hacer en el aire sino que parte de la realidad y de entrada, tiene una dimensión política, además, ¿quién nos enseñó a partir de la realidad? ¿Quién nos dijo que debíamos partir de la realidad? La Palabra de Dios. Entonces es una auténtica teología porque parte de la Palabra de Dios, pero tal como la vive el cristiano y la gente del día a día y el método marxista fue inventado por la JOC -Juventud Obrera Católica- así que, es un método puramente apostólico, es el método del Evangelio. Todas las enseñanzas de Jesús parten de la realidad.

A mí me tocó vivir el nacimiento de la Teología de la Liberación muy de cerca Se tomó la idea de que el compromiso nuestro era con el pobre y se quemaron. Llegaban donde el pobre y veían que quisieran o no, uno estaba a kilómetros del pobre y eso hizo que bajaran el ánimo y se apagara la llamarada. A mí eso no me pasó porque aunque yo también llegué con un entusiasmo

⁵ “Los filósofos no han hecho más que interpretar de diversos modos el mundo, pero de lo que se trata es de transformarlo”. Tesis sobre Feuerbach. Marx. 1845

enorme de estar al lado del pobre, de ser como los pobres y de que la Iglesia tenía que ser pobre, a los ocho días de estar en el Popular aprendí que nosotros, los sacerdotes, éramos unos burgueses. y eso lo entendí muy pronto en el Popular.

Un día estaba comiendo en la casa de uno de los del barrio, como casi siempre lo hacía y me dice una señora:

-Padre ¿cómo se siente?-

-¿Yo? como en el paraíso. Esto era lo que yo estaba buscando, le respondo-

-¿Sí padre? Cuando a nosotros nos dijeron que usted venía de la Universidad dijimos, no, este no va a durar aquí ocho días y lo vemos muy feliz y eso que usted no es de los de nosotros-.

No era pobre como ellos. Lo entendí. Todo el resto de ese año hubo tres cositas que me repetía la gente: “usted no tiene tipo ni empaque de pobre”, usted se puede ir de aquí cuando le dé la gana, nosotros no” y “le estamos pidiendo al Señor que le dé un puestecito mejor”. Al final me di cuenta que lo que estaba haciendo allá era una comedia, así, que me fui a hacer retiro donde los jesuitas y reconocí las dos cosas que me estaban faltando a mí y al resto de los curas.

Descubrí que el compromiso mío era con Jesús, que fue pobre, no con los pobres porque éste se presentaba como lucha armada. Mi compromiso con el pobre es como ciudadano, pero como cristiano es con Jesús. También, que para entender cómo Jesús había sido pobre tenía que partir de la realidad de la gente y no de los conceptos míos. Eso fue lo que quemó la conferencia de Medellín, los sacerdotes querían ser como los pobres y eso era imposible.

Unos años después, en 1972, aparece López. Yo lo había conocido un poquito en Roma antes de llegar a trabajar en el Popular. A él, ese año, lo nombraron obispo en Bogotá y me envió una carta invitándome a la ordenación episcopal y diciéndome que tenía urgente necesidad de

hablar conmigo. Cuando fui me dijo: “Mira, retírate del Popular y de esos grupos de curas revolucionarios que se están formando”, se refería a Golconda⁶ que ya había desaparecido en el 68 y solo había durado dos años, hasta la muerte de Monseñor Valencia Cano, que era quien lo sostenía, y a SAL -Sacerdotes para América Latina-, que también me tocó a mí su nacimiento. Al obispo no le gustaban estos grupos porque nos calificaba de marxistas.

-Retírese del Popular-, insistía López.

-¿Por qué, monseñor? Yo estoy allá por vocación, porque descubrí que para anunciar a Jesús tenía que estar al lado del pobre.

- ¿Un sacerdote diocesano que deje la universidad para ir a vivir en un barrio popular? Eso fue que a usted lo mandaron para allá.

- ¿Quién me va a mandar a mí? Si yo tengo muy claro que mi opción es el Evangelio.

-Eso es lo hábil suyo. Usted camufla todo su marxismo en un falso misticismo, usted sí reza mucho, pero eso solo es una mampara para tapar su marxismo.

-Por otra parte, monseñor, yo no soy un tipo líder, yo soy muy de base, lo mío es estar con la gente.

-Eso es lo típico de los ideólogos, que están por debajo. Fíjese que en todos los grupos que se han formado de curas o de monjas revolucionarios están ahí. Igual ya sé lo que necesitaba. Vea, el marxismo se va a apoderar de América Latina y la única fuerza capaz de enfrentarlo es la Iglesia. Y por eso nació la Teología de la Liberación, para que el marxismo se metiera en la Iglesia y a usted lo mandaron para eso.

⁶ Golconda fue un grupo de sacerdotes que surgió en 1968 para discutir la encíclica *Popularum Progressio* y sus experiencias de pastoral social. Entre algunos de sus objetivos estaba su compromiso en la lucha contra el imperialismo.

Luego todo lo que me dijo a mí se lo repitió al Episcopado, diciéndoles que no me ocuparan para nada porque yo era marxista y estaba contaminando a la Iglesia.

Después de esa conversación yo estaba feliz porque ya sabía dónde estaba parado y no iba a comer carreta, no iba a cargar un muerto que yo no maté, entonces a mí no me hizo ni cosquillas con sus amenazas porque mi enfoque pastoral no era ascender en el poder, sino trabajar con el pobre, pero Monseñor siempre lo que siempre quiso fue que yo me saliera de la Iglesia o le agachara la cabeza, pero yo fui el único que no le casé pelea, yo solo seguía en lo mío.

López hizo que muchos sacerdotes se salieran. Un desastre. Mató psicológicamente a una cantidad de gente en toda la América Latina, hasta a obispos y religiosas. Conmigo hizo todo lo que podía hacer. Cuando vio que yo no estallaba, de los tres castigos que le pueden dar a un sacerdote, a mí me dio dos: la suspensión a divinis, que es quitarle el ejercicio del ministerio, a esa tuve que apelar a tres organismos, a la curia arquidiocesana que es quien dio el castigo, luego a la cooperación de religiosos en Roma, y por último al Supremo Tribunal y como López vio que yo seguía apelando, me aplicó el tercer castigo que es el Entredicho, ese me lo aplicaron perfecto, me hicieron un juicio legal en el Tribunal Eclesiástico para sacarme del puesto porque tenía una ineptitud diuturna, que significa que no podía ejercer el ministerio sacerdotal ni de día ni de noche y le agregaron abuso continuado de la autoridad eclesiástica, con esto me echaron de la parroquia y me prohibieron de por vida ocupar algún cargo dentro de la Iglesia. El único castigo que no me aplicaron fue la excomunión.

Antes de los castigos, él ya me había cambiado a la brava de parroquia. Un sábado por la noche que estábamos en la fiesta patronal, llegó allá y me dijo: “se va mañana de aquí”, buscando que yo estallara, pero yo solo obedecí. Me mandó para La Gabriela, en Bello, y allá fue que me

tocó la suspensión, que a los dos años anularon en Roma, de modo que en realidad nunca estuve suspendido. El último castigo, el entredicho, que me impusieron, no lo apele porque no me interesaba porque aunque me quitaron la parroquia, yo ya tenía muchos trabajos por fuera y siempre en la línea de una promoción del pobre y de que el pobre descubra su identidad. Después de esto nunca más me volvieron a dar una parroquia, pero yo feliz, me dejaron libre.

La cuestión es que la Teología de la Liberación es del 72 y yo llegué en el 63 al seminario y de ahí me echaron, ahí se acabó mi carrera, pero López no estaba todavía, eso fue muchísimo antes que él. Por eso digo, el problema mío venía con la estructura clerical, no solo con López.

A ningún cura lo han tratado más mal que a mí en la iglesia. Yo toda la vida he estado abajo. Llevo 54 años trabajando en medio popular, mi hoja de vida es la más blanca, la más limpia, no tiene nada porque nunca he ocupado un puesto importante. Agradezco a Dios que me han tirado para abajo y eso es justo lo que yo he querido porque así he podido estar en lo mío que es acompañar a la gente para que descubra su identidad. Nunca he tenido crisis de Iglesia, nunca, porque es que lo mío va por otro lado.

Yo empecé muy joven mi formación como sacerdote. Hice el seminario menor en el bachillerato y hallé mi vocación cuando descubrí que ser cura no era cuestión de decir misa o el Sacramento, sino, una dedicación a Jesús, a su obra y a todo lo que él había propuesto. Me puse a mirar a Jesús más de cerca en el evangelio y vi que Jesús es inseparable del pobre, él nació y vivió pobre. Así que si yo quería dedicarme a él, tenía que estar al lado del pobre.

Con ese nuevo descubrimiento se me planteó otra cuestión, que aún sigue vigente, incluso en la Iglesia, ¿por qué Jesús optó por ser pobre? Siendo dizque la pobreza una cosa mala, que a nadie le gusta. Entonces pensé, si la pobreza es mala, una de dos, o Jesús miró al pobre de otra manera, o nos está tomando el pelo.

En esas yo dije: voy a buscar por ahí, pero eso es en 1955, nadie pensaba en el pobre. Inicié mi investigación y me miraban como un animal raro. Por ese tiempo fue que llegué a Roma, en la época del Concilio, ahí encontré un movimiento que había empezado el Padre Foucauld⁷, quien optó por seguir a Jesús Pobre y convertirse en hermano de los más necesitados y dije yo: esto es por aquí. Me ordené en Roma en 1959 y de ahí me enviaron a hacer un doctorado a Lovaina, en Bélgica.

Allí, desde el primer día de clase, entramos en un mundo distinto. Nos decían: “todo lo que ustedes estudiaron antes ya no sirve. Estamos en un mundo distinto”. Se empezó a hablar de que había iniciado una “época de cambio”. Dos años después esa frasecita la cambiaron porque no era que estábamos en una “época de cambio” sino en un “cambio de época” y que esto hacía necesario empezar a mirar a las personas de otra manera.

En ese momento caí en cuenta de que el pobre es otra manera de ser persona. El pobre es el que carece, obvio, pero ese carecer produce una manera de ser persona. La pobreza es una situación social, te da un puesto en la sociedad, pero ese puesto en la sociedad te da una manera de ser persona.

Yo busco que el pobre descubra su identidad de pobre porque el problema de él no es económico, sino de mentalidad. La sociedad le creó una imagen de mendigo y de incapaz y para mí, por lo primero que hay que luchar es por cambiar el concepto de pobre. El concepto sociológico de pobre dice que es el que carece de bienes, pero hay otro concepto que es el antropológico. Lo Social es el cuerpo. Según la sociología, el puesto que tengas en la sociedad te da una manera de

⁷ Padre Charles de Foucauld (1958-1916). Fue conocido por su compromiso con los pobres y enfermos y por llevar una vida a imitación de Jesús. Fue canonizado en 2022 por el Papa Francisco.

ser persona, de ver la vida y define si estás arriba o abajo. Yo he tratado de cambiar esa mirada con un 98% de fracaso, porque es que al pobre se le sigue mirando como el que carece, no más, y no se mira el tipo de persona que surge de esas carencias.

La gran falla de la Conferencia de Medellín es que se quedaron con el concepto sociológico del pobre y ese no sirve, ese no es el del Evangelio. El documento de Medellín dice que ser pobre es una cosa mala y esa es la pura verdad, pero esa es la mirada sociológica, con esa no puedes hacer nada porque al pobre solo por carecer le quitaron la identidad y si se sigue con esa mirada nunca la va a recuperar, ni le va a dar dignidad.

Cuando se estaban celebrando los 50 años de Medellín, por única vez en mi vida, me invitaron a un encuentro de gente de arriba. En ese evento estaban los mejores académicos de América Latina dando sus conferencias y a mí me tocó hablar de último. Cada que alguien subía al escenario lo presentaban mencionando sus publicaciones, premios, o eventos importantes, pero cuando yo subí solo dijeron que llevaba 52 años viviendo en medio popular, solo eso tenían que decir. Después de dar mi conferencia, dije: “ahora quiero decir solo tres cosas que yo he sentido escuchándolos hablar: Primera, ustedes han hablado del pobre todo el tiempo, pero ni una sola vez han hablado de que Jesús también fue pobre y como cristianos el compromiso de nosotros no es con el pobre sino con Jesús. Segundo: ustedes utilizaron un concepto de pobre que no sirve porque este no le da ni dignidad, ni identidad al pobre. Tercero: ustedes todo el tiempo hablaron de que hay que repartir la riqueza y lo que hay que repartir es la pobreza”. Nadie me aplaudió. Bajé del escenario y nadie se me acercó a hablarme como al resto que habían dado su conferencia. Yo nunca en mi vida me había sentido tan feliz y mirando a todo el mundo con una superioridad.

Todo por decirles que el concepto de pobre no sirve. Al pobre le crearon la marca de mendigo y de incapaz, el pobre es una manera de ser persona como todos y que tiene cosas positivas

y negativas, con la diferencia de que los valores del pobre los puede tener todo el mundo, son valores universales, por eso escogió Jesús el ser pobre porque es el lugar donde podía llegar a todos.

La tesis mía del doctorado la hice sobre el marxismo de Sartre y una de las cosas que vi fue que el marxismo tuvo cuatro grandes aportes, que se convirtieron en los creadores del mundo de hoy, pero también tuvo cuatro grandes vacíos. Marx trabajó en favor del pobre, pero desde arriba, desde el poder, por eso hoy la ideología se fue al suelo. Lo de izquierda y derecha se acabó hace mucho rato, lo que importa es la praxis. El problema está ahí, en el concepto de pobre.

La pobreza como carencia es mala, como dice la famosa frase de Camilo Torres “Yo no sé si el alma es inmortal, pero el hambre es mortal”. A nadie le gusta la pobreza, ¿a quién le va a gustar? Pero hay personas que viven en ella y por eso hay que mirar la pobreza en su totalidad, no solo como algo malo de lo que se debe salir. Hay un lado positivo y es que la pobreza permite realizar los valores auténticamente humanos.

Lo que hay que buscar no es que el pobre salga de su pobreza, sino que tenga los medios económicos que le permitan realizar sus valores, tenemos que salir de la pobreza como algo malo.

Pongamos un ejemplo, la corporación que tenemos, acá en el barrio, es la muestra de lo que yo quise hacer como antropología del pobre. A mí no me interesa que el pobre tenga casa, lo que me interesa es que recupere su dignidad y para eso tiene que tener casa, pero el centro no es lo económico. Yo me puedo solidarizar con los pobres, pero no tengo que luchar para que ellos realicen sus valores, sino que son ellos quienes tienen que luchar para que así puedan recuperar su dignidad.

Obispa Olga Lucía Álvarez

Olga Lucía Álvarez fue la primera mujer obispa de América Latina. Cuando le escribí para nuestra entrevista, le dije que estaba buscando testimonios de la época en que López Trujillo había sido arzobispo de Medellín. Su primera respuesta fue que muchos de los personajes de ese tiempo ya habían muerto o estaban muy enfermos, luego me dijo que aceptaba que nos encontráramos.

Propuso que nos viéramos en la cafetería de un supermercado de cadena que queda cerca de su casa. Cruzando la calle la vi parada en la entrada, me sonrió y al ver su camisa acompañada del cuello clerical, supe que era ella.

Cada momento que me contaba sobre su vida, me hacía pensar que alguien, sin que ella lo supiera, le hubiera marcado dónde pisar para llegar a ser algo que ella nunca buscó, pero fue: ser una mujer obispa.

Olga Lucía nació en 1940. A sus 21 años inició el noviciado en La Presentación, en el que estuvo dos años. En 1966 entró a la Unión Femenina Misionera fundada por Monseñor Gerardo Valencia, de quien luego fue su secretaria.

Durante la II Conferencia del CELAM en Medellín fue una de las secretarías encargadas de pasar a máquina los documentos. Allí fue testigo de cómo algunos sacerdotes, junto con Alfonso López Trujillo, intentaron que ella y sus compañeras cambiaran el documento oficial de este encuentro.

En 1979, mientras trabajaba con el Instituto Colombiano de Desarrollo, en el departamento de teología en el que daban a conocer documentos de la Teología de la Liberación, su oficina fue objetivo de allanamiento por el Departamento Administrativo de Seguridad -DAS-, varios de sus compañeros fueron detenidos y ella tuvo que salir exiliada durante un año, moviéndose entre Estados Unidos y España.

Testimonio

La ordenación como presbítera le empezó a causar curiosidad e inició su formación con la Asociación de Presbíteras Católicas Romanas -ARCWP-, convirtiéndose así, en 2010, en la primera presbítera de América Latina. Fue ordenada obispa de manos de sus compañeras presbíteras en Estados Unidos, según cuenta, nunca buscó esta ordenación, “solo estaba feliz de descubrir la dimensión del mensaje del Evangelio”.

Lo que voy a decir, para mí, fue hecho de pura inocencia. Yo llegué a la Teología de la Liberación porque era misionera de la Unión Seglar de Misioneros, fundada por Monseñor Gerardo Valencia, con quién empecé a trabajar en 1968, y ese mismo año me pidieron asistir como secretaria a la II Conferencia Episcopal en Medellín, fui una de las cuatro secretarias. Ahí nos enteramos de todo lo que estaban diciendo los obispos en el Seminario Mayor, yo todavía no tenía conciencia de la Teología de la Liberación. Había dos documentos en esa Conferencia, uno oficial y bueno, otro, donde estaba la mano de Alfonso López Trujillo, ayudado por el arzobispo Aníbal Muñoz Duque.

Estaban todos los obispos de América Latina en la Conferencia, nosotras en otro salón, al lado de ellos, sacando los documentos en máquina y había otro grupo, no sé en qué salón clandestino, reunidos con López Trujillo y un señor, que murió hace poco, director de una televisión y miembro del Opus Dei, que ayudó a escribir ese otro documento.

Cuando ya estaba terminando la Conferencia llega al quicio de la puerta el obispo auxiliar de Venezuela, ultraconservador, Monseñor Luis Eduardo Enríques, al salón donde estábamos las secretarías solas. Yo salí a recibirlo.

- A la orden Monseñor, le digo.

-Necesito que me saque este documento, ya que es el que vamos a aprobar.

Se lo recibí. Cuando él se va, mis compañeras me dicen:

- Olga Lucía, pero ese no es el que vamos a sacar, el que vamos a sacar es este y está listo.

- Yo sé, pero que le decía al obispo.

- Ah, usted verá porque fue a usted a la que se lo entregó.

Estuve todo el día pensando qué le decía al obispo, me sentía incapaz de decir mentiras. Pero tenía que ser fiel a los que me habían contratado, que eran mis jefes, a los otros no los conocía. Entonces, cuando llegó por la tarde el hombre por el papel, yo sabía desarmar muy bien la máquina de escribir y regué todo el documento. Cuando llegó él, le dije: “qué pena, señor obispo, el aparato se dañó”.

Ese contra documento que ellos escribieron alcanzó a ser publicado en unas oficinas que tenía el CINEP⁸ antiguamente, que se llamaba el CIAS⁹ y en un periódico nacional. Quisieron

⁸ Centro de Investigación y Educación Popular

⁹ Centro de Investigación y Acción Social

limpiar la cosa, diciendo que era el documento oficial de los obispos de Colombia, mentiras, querían tumbar el documento oficial de Medellín.

La persecución a la Teología de la Liberación me pasó de refilón unos años después en Bogotá. Yo estaba trabajando en el Departamento de Teología en el Instituto Colombiano de Desarrollo ICODES¹⁰, fundado por Monseñor Gerardo Valencia. Desde esa oficina dábamos a conocer todo lo relacionado con el Documento de Medellín, se dictaban talleres sobre todo a religiosos hasta que las religiosas empezaron a preguntar, bueno y ¿nosotras por qué no? Cuando entran las religiosas, López Trujillo y otros sacerdotes del país ya habían comenzado a atacar. El arzobispo Aníbal Muñoz fue el que sacó a flote a López Trujillo, persiguió mucho a los sacerdotes. Las religiosas pienso que fueron muy tímidas, no muy metidas en el asunto. Yo no puedo decir que las religiosas hayan sido perseguidas como los sacerdotes.

En la oficina del departamento de Teología, trabajamos Camilo Moncada, Gustavo Pérez, Noel Olaya, María Elena Ángel, una hermana de la presentación, y otros sacerdotes. En esta oficina se recibían recursos de la Conferencia Episcopal Norteamericana, se llamaba el CICOP, esa sigla quería decir algo así como centro de cooperación, era una agencia de apoyo social, el director conocía el proyecto de la Teología de la Liberación, sin embargo, cuando supieron que se les estaba dando conciencia a los sacerdotes a través del Documento de Medellín, decidieron cortar las ayudas económicas abruptamente y aumentar la persecución.

Yo fui rechazada en el vicariato de Granada, Meta, por un obispo salesiano porque nosotros estábamos dando a conocer la Teología de la Liberación con unos folletos muy sencillos que nos llegaban de Centroamérica. El obispo les prohibió a las monjas que me recibieran, “esa muchacha

¹⁰ Ahora llamado Fundación Servicio Colombiano de Desarrollo Social SERCOLDES

socialista” me decía, yo le decía que eso era con lo que yo trabajaba y que ahí no había nada de comunismo ni de socialismo, pero aun así les prohibió a las religiosas que me recibieran los folletos.

La oficina nuestra fue allanada en 1979. Yo me tuve que ir del país, el director que era Camilo Moncada fue detenido, en ese entonces no lo llevaron a la cárcel sino a las instalaciones del DAS¹¹. También allanaron la casa de la juventud de los jesuitas, la Institución Educativa de los Salesianos, que tenía una revista que se llamaba Denuncia, donde también se formaba a los jóvenes, también fue allanado el Centro de Investigación y Educación Popular CINEP.

Fue una persecución dura. Yo estuve en Estados Unidos y en España exiliada, al año regresé y seguí trabajando con la Teología de la Liberación, la gente nos seguía buscando y nosotros seguíamos colaborándoles y trabajando con los jóvenes. Ya en ese entonces estaba Turbay de presidente. En el sector de afuera recuerdo a algunos párrocos necios que atacaron a algunas religiosas, por ejemplo, a las de la Compañía de María en Barranquilla porque estaban organizando a las mujeres del barrio en un grupo que se llama Las Domitilas y que todavía existe. Ese grupo sacó adelante el barrio Las Malvinas, un barrio hecho de la nada, donde la gente se levantaba a medianoche a levantar sus casitas, a invadir terrenos, como los tugurios en Medellín con el padre Vicente Mejía. Otro sitio donde estuvieron molestando mucho fue por el Tolima, por Palocabildo, los curas eran quienes molestaban mucho.

Les molestaba que la Teología de la Liberación tuviera el gran apoyo de las ciencias sociales, así que la matricularon en la escuela del marxismo. Sabían, también, que era como una especie de hacer tomar conciencia a la gente contra el acaparamiento de tierras. Cuando se tomaba

¹¹ Departamento Administrativo de Seguridad funcionó hasta 2011.

conciencia, las marchas y las protestas se hacían con reflexión bíblica y se usaban los pasajes del éxodo fundamentalmente, ese era el fuerte de la Teología de la Liberación, el emigrar, el salir. En la avenida de los cerros en Bogotá fue a punta de los cantos que la gente protestaba para que no los desplazaran para hacer la avenida y dejaran los cerros. Le mostraban a uno lo que era el desarrollo, pero sacando a los campesinos, lo mismo que han hecho hoy aquí con Llanogrande para hacer un pequeño Miami.

Hay un texto bíblico que habla de un campesino, Nabot, que era vecino del rey, y el rey pasa por ahí y le gusta la viña de él. Entonces, le dice que él se la compra y Nabot le responde que no porque ahí están los restos de sus papás, de sus abuelos, de sus ancestros, ¿cómo le voy a vender mi tierra?, y entonces la mujer del rey que era muy mala mandó a matar a Nabot para quedarse con la tierra. ¿Si ves? Hay textos en la biblia que sirven para impulsar a la gente, entonces no había nada malo ahí porque estaba en la palabra de Dios, ¿usted qué puede negar?. Se les explicaba a la gente, paso a paso lo que era la liturgia y su significado.

La eucaristía es muy linda, que si lo entendiéramos, valdría la pena estar celebrando todos los días y es “Yo soy eucaristía, yo te sirvo, yo me entrego, yo celebro contigo”, pero no, ellos le ponen un misterio ahí. Cuando nosotras invitamos a consagrar hacemos que todos se acerquen a la mesa y todos y todas están invitados a decir las palabras de la consagración porque el compromiso es de cada uno y de cada una, “Yo me entrego, yo me comprometo, este es mi cuerpo”, yo en este momento estoy celebrando contigo, estoy sirviendo, eso es una eucaristía, eso es hacer eucaristía, es entregarme.

La misa es ir todos en procesión hacia el altar, celebrar la liberación. La eucaristía es un signo de liberación, no es un sacrificio como lo han querido mostrar toda la vida. Hay es que celebrar con alegría la abundancia y está comprobado que en la misa siempre hay abundancia,

siempre hay pan y vino, y están todos invitados a comulgar porque hay para todos, y las ofrendas son para que las administre la comunidad no para el cura, pero no, los privilegiados son ellos y por eso les quemamos incienso, no puede ser así. Tú eres importante, tú también puedes servir, puedes celebrar.

A ellos les da mucho miedo que uno le diga eso a la gente, porque piensan que les van a quitar el puesto, porque es que yo soy el único que puede celebrar, soy el único que puede coger el pan y el vino. Nosotros, a la gente, le vamos explicando parte por parte lo que es la eucaristía y les decimos, “Vea, esto lo aprendimos en la casa, la mamá fue la última en sentarse después de ver que todos los hijos estaban satisfechos”. Ellos no. Hay que volver a la casa Iglesia, vivir en fraternidades donde todos se conocían y se ayudaban y no habían esas enemistades terribles que hay ahora. En la conversación del día a día también está Dios. Entonces claro, nosotros estábamos diciendo todo eso y ellos empezaron a perder la paciencia.

A mí nunca se me pasó por la mente esto de meterme de cura o de obispa ni nada, no, sino que yo estaba feliz de descubrir la dimensión del mensaje del evangelio. Lo que yo le estaba diciendo a la gente de los sacerdotes, del padre Federico Carrasquilla y de los que estábamos ahí, estábamos haciendo era eso, compartir el evangelio. A mí me hicieron obispa. Es un servicio que la comunidad le pide a uno, no es un cargo político, ni es un cargo de competencia, ni administrativo, porque no somos jefes de personal de los presbíteros o presbíteras, no, es un servicio de ayudar a otros a que sigan haciendo el trabajo. Yo no tengo casa episcopal, ni carro episcopal, ni celadores, ni guardaespaldas, ni oficina, ni estoy diciendo venga, usted se viene para acá y todo eso, la gente sigue trabajando donde está, pero los sacerdotes hacen todo como si fueran jefes de personal y a veces los tratan muy mal. Todo lo de la Teología de la Liberación tiene que ver con eso, con tratar de dar otra cara de la Iglesia.

Yo no tuve conciencia de la noche a la mañana, para mí fue un proceso el poder llegar a lo que yo soy hoy. Todo empezó porque una vez una amiga me dice que se les está muriendo la mamá y que necesitaba un cura para que le haga una unción y yo le dije que si había ido a la parroquia y me dice que sí, pero que el padre de allá está dando clases en la universidad y que en la otra parroquia el padre le dice que no le toca esa zona y a mí se me hirvió la sangre y cómo así que el evangelio está con fronteras, ¿qué es eso?, y eso me hizo rebotar y me hizo buscar el ministerio, en la única parte que estaba era en la Iglesia anglicana, pero empecé a buscar y a buscar hasta que encontré en la Iglesia Católica Romana, la Asociación de Presbíteras Católicas Romanas, en Estados Unidos, ARCWP, son sus siglas en inglés. Me ordenaron en 2010 y en 2015 fui nombrada obispa por mis mismas compañeras presbíteras.

Yo no me he salido de la Iglesia, no me han sacado y no me pueden sacar porque yo no he renunciado a mi bautizo, incluso, hace poco fui a buscar mi partida de bautizo y está limpia. Ellos saben que lo que nosotras estamos reclamando es una justicia, a todas nos bautizaron y hay un canon en la Iglesia, que nosotras pedimos que lo quiten, ese canon tiene seis palabras no más “Todo hombre bautizado puede ser ordenado”, no dice sino eso, y es que ¿el agua con el que nos bautizaron a nosotras es diferente? Además, una cosa muy vieja que tiene la Iglesia es el secreto graciano que es de 1400, que dice que nosotras no somos imagen de Dios y yo a esas dos cosas le recalco y le recalco en lo que escribo y es esa forma absurda de la Iglesia de aplastarnos como mujeres.

Están negando lo del génesis, hombres y mujeres hemos sido creados a imagen y semejanza de Dios, así el génesis no sea un libro histórico, está en la biblia, es un principio teológico. Entonces hay que hacerlo, pero con argumentos. Conmigo, el actual señor arzobispo, Ricardo Tobón, no se ha metido, ningún obispo se ha metido conmigo ni con las compañeras nuestras se ha metido para

nada, y si nosotras vamos a manifestaciones, no somos de ir a ensuciar la catedral o las iglesias, no, nosotras mostramos es argumentos, esa es la posición nuestra, el trabajo nuestro, no les estamos quitando tampoco fieles porque nosotras usamos los principios que usaron las mujeres en el cristianismo. La Iglesia nació en la cocina, estas mujeres ahí cocinando, invitaron a sus amigos, ve hoy viene Pablo, el discípulo, por acá, nos reunimos a hablar con él y se reunían y celebraban en sus casas la memoria. Supongamos que la Iglesia algún día nos llegará a reconocer, nosotras no queremos que nos den edificios, ¿para que tengan los problemas que tienen ahora? ¿Quién lo sostiene, quien los pinta, quien los arregla? Nosotras no nos vamos a meter con eso. Jesús no construyó una iglesia, antes fue y se las limpio. Sería ir en reversa del evangelio.

Sobre nosotras hay muchas religiosas inquietas, pero les da miedo porque saben que ahí si las persiguen, porque las echan de la congregación y las echan con una mano atrás y otra adelante, pero eso también está cambiando, leí esta mañana en las noticias, diez mil religiosas anualmente cada año son menos, entonces ¿qué futuro va a tener la vida religiosa?

Yo estudié en el colegio La Presentación, aquí en Medellín, ¿de quién son hoy las instalaciones del colegio de La Presentación?, de la policía. La compró la policía, ahí donde funcionaba el colegio. Las religiosas en Roma están saliendo a hablar de los maltratos que sufren por parte de los cardenales que las tienen como esclavas, y eso es otro tipo de persecución solo que no es política ni ideología, pero también es una persecución porque les quitan derechos.

Aprecio mucho a este papa, Francisco, lo defiendo y sé que el pobre está metido en una jaula con unos jaguares, la curia romana horrible, y que el hombre quiere, pero no puede. El de cara a la situación de la mujer en la Iglesia nos echa mucho incienso y muchas flores como los novios queridos, muy queridos, pero no más, no dice nada de matrimonio. Pero así sea, nos está

abriendo un camino, quiera o no, él está abriendo un camino para la Teología de la Liberación y para nosotras, las mujeres.

La persecución en la Iglesia sigue. No hablemos solo de religiosas y religiosos, hablemos también de laicos porque la Iglesia somos todos. La Teología de la Liberación abrió la puerta a muchas otras teologías, la de la tierra, la indígena, la de la mujer, la negra, y estas se encargan de enseñar a los laicos, pero ellos le temen al laico formado, porque un laico formado se siente Iglesia y reclama, un laico que no está formado es un laico arrodillado.

Piedad Toro

Piedad Toro es una de las fundadoras del movimiento político Estamos Listas, que busca aumentar el porcentaje de la participación de mujeres en política y es en la sede de este, una casa amarilla ubicada en la avenida La playa en donde nos encontramos.

Ella inicia diciéndome que lo que conoce sobre la persecución no es directo, sino por lo que les escuchaba a las monjas, y es que para el momento en López Trujillo era arzobispo de Medellín, Piedad era una niña que fue a hacer la catequesis con las hermanas Adoratrices que hacía unos meses habían llegado a vivir al barrio Lovaina y después de la catequesis termino quedándose con las religiosas, en la oración, en las comidas y hasta en sus conversaciones.

Las Adoratrices trabajan con mujeres que ejercen la prostitución y llegaron a Lovaina a cumplir con su labor y a vivir como las personas del barrio vivían, no en un convento sino en una casa común. Esta decisión de salir de su convento no fue del agrado de la directriz nacional y

mucho menos al arzobispo López Trujillo, quien buscó todas las formas posibles para aburrir a las hermanas y que terminaran dejando su trabajo en el barrio.

A pesar de los ataques, las hermanas bajo el amparo de su directora Bermy resistieron y respondieron a cada una de las presiones que les imponían. Si al arzobispo no le gustaba que vieran a las monjas con su hábito en este barrio, ellas se lo quitaban y lo cambiaban por ropa de calle y si les quitaban el apoyo económico, ponían de su propio sueldo para mantener la comunidad.

Piedad al lado de ellas aprendió su resistencia y compromiso, con ellas construyó la Corporación Primavera que trabaja con mujeres en ejercicio de prostitución y de la que hoy es la directora.

Testimonio

Yo tenía un hermano al que mataron. El día de su velorio llegaron unas monjas a cantar y mi mamá decía: “¡Ve! Tan raro que por aquí hay unas monjas nuevas que vinieron a cantarle a Giovanni y me dicen que esas monjitas van a hacer catequesis”. Así que empecé a buscar por todo lado, porque yo era una niña y tenía que hacer la primera comunión. Ellas llegaron en enero y a mi hermanito lo mataron en marzo, o sea que llevaban un poquito más de un mes en esa casa de Lovaina, donde vivían. Mi experiencia de fe empezó ahí, en ese barrio, donde llegaron las hermanas Adoratrices hace ya más de treinta años.

Las Adoratrices son una comunidad religiosa española que trabaja por todo el mundo con mujeres en ejercicio de prostitución. Acá, en Medellín, estaban en el barrio El Vergel y la directora de esa casa, la hermana Bermy, vivía traumatizada y angustiada pensando que ellas habían desviado

su carisma, porque terminaron dirigiendo un colegio de niñas pobres, pero no dedicadas, en sentido estricto, al trabajo con mujeres en prostitución. Ella se iba para las zonas de prostitución del centro, como lo era Lovaina en ese tiempo, a trabajar con esas mujeres. Allí conoció a un señor que se había ganado una casa, en un remate judicial, y ella le insistió hasta que el señor se la regaló para que las hermanas pudieran montar una sede.

La hermana Bermy habló con la provincial, que es la figura de autoridad de la comunidad en el país, para que le diera el permiso, sin embargo, le fue negado. Así que decidió hacer la gestión con la superiora en Roma y consiguió la autorización para irse a Lovaina, pero era como pasar por encima de la provincial, lo que provocó una relación muy tensa con ella.

En ese tiempo, a las comunidades de hombres y mujeres -como ellas- que tomaban la decisión de no vivir en grandes conventos, sino que decidían habitar en casas comunes de barrio como la gente vivía, las llamaban experiencias de inserción comunitaria. Fue muy difícil al principio porque a pesar de que trabajaban con mujeres en ejercicio de prostitución, eran monjas súper conservadoras.

Yo empecé yendo a la catequesis y me fui quedando en todo. Finalmente, formé un vínculo muy fuerte con las monjas, yo hacía la oración con ellas, me mantenía allá metida día y noche. Yo no fui monja formada en términos oficiales, pero, de alguna manera, fui adoptando cierta cotidianidad que ellas tenían.

Lo que conozco sobre la persecución no es directo, se lo escuchaba a las monjas, lo que yo recuerdo de sus conversaciones con el padre Federico Carrasquilla. De todas esas conversaciones también nació Primavera, que es la Corporación en la que yo trabajo ahora.

Yo creo que la persecución se puede manifestar de muchas maneras. Por ejemplo, una es decir “no venda el libro” y otra es empezar a poner trabas y trabas, de tal manera que usted, por la

fuerza, termina cerrando su trabajo o saliéndose de la comunidad. Esa persecución de la Iglesia funciona en cadena, como en cascada, es decir, Monseñor López Trujillo presionaba a los sacerdotes, presionaba a las directivas de la comunidad religiosa y, a su vez, esa jerarquía perseguía a las Comunidades de Base. Lo que Bermy decía era que la provincial le estaba llamando la atención por el trabajo que estaban haciendo: “porque estaban acá en Lovaina asumiendo estos riesgos, que Lovaina no era un barrio para que las monjas estuvieran”. Entonces lo que hacían era empezar a obstaculizar.

A ellas las dejaban estar ahí, pero porque pasaron por encima de la directriz nacional que había dicho que no, y que llamaba todo el tiempo a preguntar qué hacían en Lovaina, en ese manicomio, y ella se hacía la loca. Incluso les ponían pruebas, “Pero ¿ustedes sí son monjas de verdad? Porque ese es el riesgo de esta Iglesia de ahora”, decía la provincial que escuchaba a López Trujillo y agregaba: “es que todo el mundo se quiere dedicar a hacer trabajo social y se les olvidó que somos curas y monjas, que nosotras no estamos para hacer ese trabajo. Una cosa es la evangelización, que tiene que centrarse en la oración y la conversión, pero de cuándo a ahora les dio por creer que vamos a hacer el trabajo de las trabajadoras sociales”. Existía la idea de “eso no es lo que nos toca”.

Ellas estaban solas, no eran una comunidad religiosa grande, como las hijas de San Pablo o las Pías discípulas, eran una comunidad relativamente pequeña con más fuerza en Bogotá. Acá eran muy chiquitas, solo había una casa en Robledo y la de Lovaina, así que la provincial les puso una tarea para asegurarse de que ellas no se habían desvinculado de la fe: tenían que ir con frecuencia a las eucaristías directamente a la Catedral Metropolitana.

Se pensaba que esas monjas habían quedado al libre albedrío, que las estaba cooptando la Teología de la Liberación. Había una persecución muy fuerte contra Federico y todo lo que fuera

cercano a él, porque para ellos, Federico era la raíz del mal. Así que obligarlas a ir a la eucaristía y confesarse en la Metropolitana tenía la intención de ejercer cierto control a su ejercicio. Lo otro que empezó a hacer la directriz de la comunidad, no sé si era premeditado, era que le decía a Bermy que estaban teniendo muchos problemas con los obispos por el trabajo que ellas estaban haciendo: “Porque, ¿cómo así que vos te vas a meter con esos hábitos allá en la Veracruz y todos esos barrios? La gente no va a entender y la lectura va a ser que las monjas se prostituyeron”, Bermy respondió: “¿Hay mucho problema con que usemos este hábito? “¡Ah!, entonces yo me lo quito”. Le dijo a la provincial que le autorizara a quitarse el hábito y eso fue peor, porque ella no lo aceptó, así que volvió y pidió permiso en Roma porque ya muchos países venían trabajando en la idea de no utilizar el hábito. En Roma se lo aceptaron, así que se lo quitaron. Decía Bermy: “Si les generaba escándalo, pues para mí, peor porque estos trapos bastante calor que me dan y las mujeres además me huyen”.

Para mí la persecución era eso y también lo que después empezó a ocurrir, que no había aporte de la provincia para la comunidad: no había plata. Le decían a Bermy que ellas tenían que mirar allá, que le recomendaban que cerrara ese trabajo porque la comunidad religiosa no estaba en condiciones de mantenerlas, y es que López Trujillo presionaba a la provincial y el mecanismo era dejarlas asfixiar, ya que ellas no tenían plata y tarde o temprano tendrían que volver al convento: “O se salen o se organizan”. Les advertían que no contaran con recursos de la provincia para ese trabajo, pero afortunadamente ellas ya tenían la casa que les había regalado ese señor. Los servicios eran muy baratos porque era ahí, en Lovaina, y ellas como se quitaron el hábito no necesitaban más, ¿para qué necesitaban plata? Escuchaban a Federico diciendo: “Uno no necesita nada, solo necesitamos a Jesús y el Evangelio y con eso no necesitamos más”. Federico cuenta que cuando fueron a allanarlo, el ejército empezó a levantarle los colchones y todo: “A mí desde que no me quiten los pobres y el Evangelio se lo pueden llevar todo. Señores, llévense todo, esculquen todo,

mi único instrumento es este”. Cogió la biblia chiquita que tiene y dijo: “Con los pobres y esto, yo no necesito más”.

Era como una galladita en Medellín, donde todos eran amigos, Federico y Bermy y otros religiosos. Federico, cuando nos hacía la formación, siempre se preguntaba por la antropología de la pobreza, el sentido de la pobreza, el Evangelio, el trabajo con el pobre.

Bermy decía que no necesitaba plata. La ropa que ellas usaban se la pedían a las personas y siempre llevaban una bolsa para recogerla. Cuando llegaban las monjas nuevas de Bogotá, las postulantes y novicias, Bermy las recibía: “Mija allá hay una bolsa, mire a ver qué le sirve para que te quites ese hábito y agarres lo que te vas a poner”. Las monjas la miraban sorprendidas, y ella les decía que esa era la ropa que les regalaban y que, si no les servía, que esa semana le pedirían a otra persona que fuera de la talla de ellas. En ese tiempo existía el Concordato¹² y a muchas de las monjas el Estado les pagaba un salario vía el magisterio, porque ellas ejercían la docencia, así que Bermy recibía un salario. El mecanismo de defensa de ella fue decirle a la provincial: “Tranquila hermana, si ustedes no tienen plata para financiarnos no se preocupen, con mi salario yo financio esta comunidad”. La provincial le dijo que ese dinero era de toda la comunidad, y Bermy que sí, qué tranquila, que ella llevaba la contabilidad de esa casa y que le contaría cuánto recibía y cómo se gastaría la plata con tal de continuar con su trabajo en Lovaina.

Todo el tiempo estaba la pelea de que ella no iba a cerrar Medellín, ni Lovaina, y que iba a mantener este proceso y esta iniciativa porque a la comunidad no le estaba costando nada, esto lo estaba pagando ella con su sueldo. La resistencia fue eso y un poco la presión y el acompañamiento de Federico porque si tú estás con la gente, con la gente pobre y tienes el Evangelio, no necesitas

¹² El Concordato de 1973 firmado por el Estado Colombiano y la Santa Sede estableció, entre otras cosas, que la educación estuviera a cargo de la Iglesia Católica. Este acuerdo estuvo vigente hasta 1993.

nada más. Yo siento que la persecución en el caso de estas monjas -que era más un trabajo de inserción con los pobres, de ayuda a las mujeres en la prostitución y a los niños y niñas de Lovaina- fue sobre todo a través de presionar a las directivas de la comunidad. La lectura era “Esta provincial, tan conservadora, no está de acuerdo con eso”, pero en realidad, era toda la presión de la institucionalidad, en cabeza de Monseñor López Trujillo, sobre ella. La persecución no siempre es a través de la fuerza, porque en Lovaina nunca hubo un allanamiento, sin embargo, hubo persecución. Tal vez por la perspectiva de género no hayan sido perseguidas con violencia, como los sacerdotes, finalmente es la idea de: “Si es de las monjas no es tan peligroso, los peligrosos, los revoltosos y los guerrilleros serán los curas, en cambio, las monjitas son las que le hacen el favor de ayudarles”. Siento que es una manera muy poco abordada porque creo que finalmente esta persecución no fue violenta, pero hizo mella y muchas otras experiencias sin plata, sin recursos, sin comprensión de la comunidad terminaron o la gente se salió de la comunidad religiosa.

Lisbeth Montoya

A Lisbeth la entrevisté junto con Piedad, son amigas y amabas hacer parte de Estamos Listas. Ella llegó un poco después con la cruz de ceniza en su frente, pues era el día de la Santa cruz, llegó sonriente a saludarnos y a preguntarnos en qué íbamos de la conversación.

Entre las dos deciden en que sea ella quién empiece a contar su testimonio. Su relación con la Teología de la Liberación inició con su formación como religiosa, la compañía de Federico Carrasquilla y sus visitas a la comunidad religiosa fueron fundamentales para su educación.

La misión de su comunidad es llevar el mensaje del Evangelio en todo el mundo y a través de todos los medios, por lo que están encargadas de la comunicación y tienen librerías en las que se venden los libros y publicaciones religiosas. Es en una de estas librerías donde la enviaron a trabajar, ubicada cerca de la catedral metropolitana de Medellín, y es allí donde fue testigo de las visitas del arzobispo López Trujillo para asegurarse que ninguna de las publicaciones que él había prohibido, las que hablaban de Teología de la Liberación, no las estuvieran vendiendo.

Unos años después se retiró de su vida religiosa e inició un nuevo trabajo en el colegio religioso Salazar y Herrera, en donde monseñor Gustavo Gutiérrez era su director. En este colegio, Lisbeth se convierte en educadora y su director le permite mantener un debate religioso y compartir sus ideas sobre Teología de la Liberación.

En esta conversación con Lisbeth y Piedad dan su testimonio sobre resistencia a los constantes ataques de la Iglesia en Medellín y como las comunidades adscritas a la Teología de la Liberación encontraron formas de mantenerse en pie.

Testimonio

Yo soy tierra, yo soy tierra y tengo que vivir como tierra. Una mujer que tiene grandes limitaciones, con grandes defectos, pero también, con grandes luchas de resistencia.

Comprometida con el Cristo de verdad, porque yo no tengo que mirar hacia arriba, sino hacia al frente y descubrir a Cristo en tu rostro, en tu rostro, que está en una búsqueda de un compromiso real, porque lo otro es muy etéreo.

Es muy fácil ser católico. Una misa, una cruz y una limosna, ¿cierto?, y me pasa el pobre por acá y yo ni lo miro. No bregamos por cambiar las estructuras sociales porque el compromiso religioso es diferente al político, ¡no!, el compromiso religioso necesariamente tiene que ser un compromiso político. Los sacerdotes piensan que solamente es la parte espiritual y el hombre no es un ser solamente espiritual. Me duele cuando escucho a alguien que dice ser apolítico, no es así, todo determina en ti una posición, todo es político.

En mi época, los años 90, Carlos Bravo, un sacerdote jesuita catalogado como el marxista del Ecuador, un sacerdote magnífico, llegaba y decía: “Es más fácil ser católico o estar comprometidos en la fe, en un país donde no haya un apego al capitalismo absorbente, donde solamente nos interesan algunos y los objetivos de algunos, porque es ser católicos con otra ideología, pero si cambiamos esa ideología no nos permiten hablar. Nosotros no tenemos que hablar sino vivir”.

En Medellín la persecución no solo se dio desde otros entes, sino desde el mismo obispo. Yo pertenecía a una comunidad religiosa y nuestra misión era formar e informar a la gente desde los medios de comunicación. Y resulta que si tú quieres formar e informar a alguien se hace es dentro de la cultura. Entonces nosotras teníamos en nuestras librerías Iglesia, carisma y poder, el libro de Leonardo Boff, y todos los libros de Segundo Galilea y Jon Sobrino que hablaban de Teología de la Liberación, y me tocó cuando llegó el arzobispo, Alfonso López Trujillo, a nuestra librería.

Él llegaba como un pavo real, vigilando y diciendo que no podíamos tener esos libros. Pasaba y señalaba los libros que no podían estar y me preguntó si yo era la encargada de la librería. Yo le dije que no, pero que estaba a cargo en ese momento. Lo que pasaba era que la hermana mayor le tenía miedo a monseñor y cuando vio que venía me dijo: “Salga, salga usted. Hermanita,

vaya, vaya, usted”. Yo le iba recibiendo los libros y no solo los libros, sino también los casetes y lps, el de Cuando los pobres se alegran, que es de una Iglesia luchadora, de resistencia, y por eso, no podía estar allá. Entonces él revisó y yo con todos los libros ahí y me dijo: “Por favor, hermana, éntrelos allá, sin pelea alguna”. Yo siempre sonriente, le dije que sí y entré los libros. Antes de irse dijo que él estaría por ahí y que yo fuera la encargada de decirle a la hermana mayor que él había dado esa orden. La curia quedaba al frente de nosotras.

Esa noche hicimos una reunión y algunas hermanas decían que no siguiéramos vendiendo esos libros y yo decía que qué pena, que esos eran nuestros sacerdotes, porque nosotras habíamos recibido formación de Federico Carrasquilla que iba a nuestra comunidad y nos hablaba de Teología de la Liberación y de estos escritores. La decisión que finalmente tomamos era que íbamos a tener los libros debajo del mostrador escondidos y a aquellos que llegaran del Seminario de Medellín a pedirnos estos libros les decíamos que no los teníamos porque el señor obispo había prohibido su lectura, pero si llegaban del Seminario de Marinilla o Rionegro, pues les hacíamos filtro, les preguntábamos: “Ve, cuéntame, ¿quién te dijo que nosotras podíamos tener ese libro?” Nos decían que el padre Alberto Calderón los había enviado o que el padre Carrasquilla, sacerdotes que nosotras conocíamos, que eran de la opción por los pobres, y ahí sí, les dábamos los libros.

A mí me tocó conocer a muchos de los autores de esos libros prohibidos porque yo antes trabajaba en el linotipo, estamos hablando de años atrás, cuando no era en computador, sino en esas máquinas como Pedro Picapiedra. Yo escribía en lingotes de plomo y luego les echábamos la tinta para que saliera el libro, después los escritores llegaban a leer para corregir o ellos se lo llevaban y lo corregían, ahí conocí a varios. Cuando uno ve que un sacerdote es amable, tierno, cariñoso, comprometido, habla de otra manera y es otra Iglesia, que es la que uno ha ido leyendo y que es la

que deberíamos hacer, pues uno se va enamorando, no de esa persona sino de su forma y de su sentir por esa Iglesia por la que debemos trabajar.

Había un sacerdote de los Hijos de San Pablo que nos decía que las Cartas a los romanos fueron conocidas por las mujeres porque las llevábamos escondidas en nuestros lindos pechos y así fue que llegaron las cartas a Roma. Nos decía que nosotras, como religiosas, teníamos que hacer lo mismo. Por eso yo soy una amante de Pablo, yo me pensaba y me pensé siempre como esta que transcribía los libros, que hablaba con esa persona y que pasaba esos mensajes así. Y cuando me tocó la librería, ¡ah, claro!, yo les preguntaba y ¿quién te dijo?, ¿por qué te dijo? Sabíamos que los que venían del Seminario Mayor eran chivos expiatorios del obispo y los otros no, entonces sabíamos a quienes les sacábamos los libros.

Hay una diferencia entre los sacerdotes que se forman en el Seminario Mayor, clericales, y que tienen sus parroquias, pero que no tienen un carisma como los religiosos, es decir, los Franciscanos tienen el carisma de San Francisco, los Pasionistas, el carisma de la pasión. Entonces los sacerdotes religiosos tienen una línea de trabajo, una línea de compromiso y responden directamente a su comunidad y no al obispo. En esa época el obispo que me tocó y que nos tocó a muchos era un controlador de extrema derecha, Alfonso López Trujillo.

En la Iglesia colombiana hemos tenido siempre obispos muy de derecha, el de extrema derecha era López Trujillo, él no permitía que los sacerdotes tuvieran un pensamiento libre y que vivieran en sus parroquias de esa manera, de esa vivencia con la teología. Pero él no podía hacer lo mismo con los sacerdotes religiosos no clericales y, por ejemplo, en este caso los franciscanos, maravillosos, fueron asumiendo la idea y la formación de una Teología de la Liberación desde el análisis de la realidad y buscaron allí la orientación y la iluminación.

Un día volvió monseñor y no sé cómo dio la vuelta y levantó el mantel donde estaban escondidos los libros y nosotras asustadas. Le dije: “ah, monseñor, es que esos libros no se venden y por eso se quedaron ahí escondidos”. Me respondió: “ni escondidos deben estar, se tienen que quemar”. Lo más triste, los libros, los discos, en el patiecito de atrás, echarles gasolina y prenderlos. Se quemaron los libros. Y nosotras pensando en la bodega para que no fuera a quemar los libros de allá, pero no fue. Entonces volvimos a hacer una reunión y algunas decían: “ay es que eso es muy peligroso”, “vea que el obispo nos va a quitar, él puede mandar una carta al vaticano y nos pueden sancionar”. Después de mucho hablar decidimos que ya no íbamos a tener los libros ni siquiera en la bodega, sino debajo de las camas, los libros que eran claves estaban debajo de la cama para esconderlos, porque allá no iba a entrar el obispo. Más adelante, cuando fue nombrado cardenal, la primera visita que hizo en Roma fue a las Hijas de San Pablo y si aquí fue una montañita chiquita, allá sí fue una montaña, millones de libros que él mismo quemó. Fue orden de él y él estaba ahí viendo el incendio. Eran carretas y carretillas de libros. Era una persecución tan horrible.

En la comunidad nos llegaron a escribir y a decir: “Hermanas socialisteras de la prensa socialistera”. Pero cuando uno está en comunidad no puede decir que todas fueran iguales, de derecha o izquierda, sino que se mueve todo el pensamiento y hay muchos matices, lo que se podría decir es que todas son mujeres muy comprometidas. Mi hermanita, también religiosa, trabajó fuertemente en Medellín, por lo que fue señalada y enviada a Ecuador. Allí fue capturada políticamente por hacer la movilización más grande que ha habido en América Latina de indígenas y fue desaparecida.

Cuando uno está en la comunidad, como decía antes, uno habla por la comunidad y uno vive por la comunidad, pero eso no quiere decir que tenemos que mirar todas de la misma manera y actuar de la misma manera. Yo quiero y amo a la comunidad que pertencí por la formación que

me dieron, que fue una formación en filosofía, teología, en la doctrina social de la Iglesia y allí fui cogiendo mi línea de compromiso, de hacer Teología de Liberación, porque es una teología que se hace desde las realidades.

Una cosa es hacer teología, por ejemplo, desde el habitante de calle, o hacer una teología desde las niñas trabajadoras sexuales, o desde las víctimas de la violencia.

La salvación no es darse golpes de pecho, sino entender la vida que estamos viviendo y el porqué de lo que estamos viviendo. Si yo entiendo el por qué estoy acá y entiendo mi situación puedo ir dando pasos para liberarme de lo que me está agobiando, de lo que me está esclavizando, de lo que no me está permitiendo ser digno, porque la palabra es una búsqueda de la dignidad. No podemos decir que Dios para unos sí y para otros no, como decía el evangelio del último domingo, de San Mateo, que dice que sale el sol para buenos y malos, cae la lluvia para buenos y malos, y eso quiere decir para todos, o sea, ahí no hay discriminación. El cosmos mismo nos está diciendo que no debe haber discriminación y la palabra es para los unos y los otros.

Leonardo Boff empezó con las Comunidades Eclesiales de Base (CEBS) desde Brasil y en el resto de América Latina fuimos mirando, observando lo que sucedía en la Iglesia brasileña y alimentándonos de ello. A Colombia llegó mucha gente, llegó Boff, Jon Sobrino, Segundo Galilea y Federico Carrasquilla, que fue uno de los más perseguidos en Colombia.

Federico Carrasquilla toda la vida fue con el mismo blue jean, los mismos zapatos, siempre lo veíamos como una fotocopia. Él no era de esos sacerdotes que huelen bueno, que se visten bien, no, él se metió con un trabajo que es la Iglesia de los pobres. Hemos hecho una opción desde los pobres y para los pobres, eso no quiere decir que vamos a vivir en la miseria, o que vamos a abandonarlo todo, aunque a veces el compromiso tendría que ser tan grande como para abandonar muchas cosas y algunas congregaciones lo hacen.

Los franciscanos eran quienes estaban en las universidades enseñando, yo estudié con ellos, en Bogotá, teología. Era una teología maravillosa y extraordinaria, donde los sacerdotes te hacían no solamente comer, sino también beber con delicia cada uno de los libros de la Iglesia y de la historia de la Iglesia, pero cuando llegó la opción por los pobres, dijeron que no podían seguir en la riqueza ni en donde estaban, porque la opción por los pobres es desde los pobres y no desde las universidades.

Todos estos sacerdotes dejaron las universidades que tenían los franciscanos y se fueron a trabajar, y lo siguen haciendo en iglesias y educación populares. Entonces quienes quedaron en las universidades de los franciscanos no eran los de mayor conocimiento ni los más preparados, pero eran de derecha, los más doctrinarios. Yo soy una admiradora de los franciscanos porque fueron capaces de esa opción total por los pobres, aunque también soy una admiradora de los jesuitas porque con ellos también encuentras unos libros extraordinarios que han entendido la opción por los pobres. El papa actual, Francisco, aunque decimos que dice dos cosas buenas y dos erradas, es el que ha estado más cercano a una Iglesia pobre, el más cercano a la opción del Evangelio.

Cuando me retiré de las religiosas entré a trabajar en un colegio religioso, el Salazar y Herrera, yo ya tenía la filosofía de la Teología de la Liberación y me gustaba mucho el trabajo con los jóvenes. Monseñor Gustavo Calle, quién era mi jefe, me regaló una maestría en la doctrina social de la Iglesia, en la Universidad Bolivariana. Empecé a estudiar y en esa época López Trujillo decía que estaba amenazado.

Él andaba con seis perros daneses y aunque estábamos en Bolivariana, él no daba las clases allí, porque decía que era de alto riesgo, entonces nosotros subíamos al Seminario Mayor. Él daba Política I y II, y cuando estábamos en el salón veíamos pasar los seis perros gigantes y luego pasaba él. En clase éramos dos mujeres: una religiosa y yo, que ya era profesora. El resto de mis

compañeros eran todos sacerdotes. El arzobispo decía: "este libro, Carisma, Iglesia y Poder, no se puede leer". Hablaba de la herejía de ese libro. Tenía una memoria impresionante y citaba: en la página tal dice tatatata, todo tal cual. Y al final de la clase agregaba: "¿Alguno tiene preguntas?". Yo me hacía adelante, porque siempre he sido muy atrevida. Él no se hacía con nosotros, sino que nosotros éramos abajo y él era más arriba, y como era tan alto se veía como si fuera un dios. "Su excelencia, su eminencia", decía yo levantando la mano. Él repetía: "¿Alguno tiene una pregunta?". Yo respondía: "Sí, su excelencia, soy yo, yo". Él seguía: "Como nadie tiene algo que decir, terminamos". Cuando terminaba la clase, aun estando él, yo decía: "¡Eh! Compañeros muchísimas gracias porque me hacen invisible. Yo no sabía que tenía ese don". Ellos me decían que era un peligro andar conmigo y que la eminencia nos viera. Nunca pude decir mi opinión, nunca, pero tampoco nunca me quedaba calladita, yo seguía diciendo: "Repito gracias por mis compañeros y agradezco a Dios que me dio esa posibilidad de ser invisible".

Tiempo después López Trujillo escribió un libro y Monseñor Gustavo Calle, mi rector, me dijo: "Lisbeth, necesito que leas este libro y le escribas un prólogo". No me dijo quién era el autor. Yo leí el libro y le dije: "Ay, monseñor, es que hay unas cosas que deberían..." y él me dice: "No, es que no necesito lo que te está doliendo, necesito un prólogo del libro". Él me pidió modificarle unas cositas, pero el prólogo lo escribí yo, aunque estaba firmado por Monseñor Gustavo Calle. Más tarde él me dice: "Vos, Lisbeth, podrías hablar con los obispos". "¿Yo hablarles a los obispos?", le dije. Me responde: "sí, vos podrías hablarles a los obispos sobre el libro", me responde.

Monseñor Calle era derechista, como López Trujillo, eran de la misma línea, pero él me permitió hablar, escribir, decir. Yo era su cuota de democracia. Cualquier cosa que salía en el periódico de una violación o del celibato, él iba y me preguntaba: "Lisbeth, ¿usted escuchó esta

mañana la noticia?”. “Sí, monseñor, yo siempre estoy muy pendiente de las noticias”. Y él continuaba: “¿usted qué piensa?”. “Ah, no, es que los sacerdotes se tienen que casar”, le decía yo. Monseñor me replicaba: “no, es que eso no se puede”. A lo que yo respondía: “¿pa’ qué me llamó entonces? Usted sabe lo que pienso”. Y él me decía que le hiciera un escrito sobre el tema.

Monseñor Gustavo Calle me pedía que respondiéramos a muchas de las cosas que salían en las noticias, pero yo le decía “mire mi postura”. Algunas de las cosas que escribía sí las sacó, con filtro, pero las sacó. Yo le decía a él: “Es que usted es Pedro y yo soy hija de Pablo y uno puede ver a Pablo también como de derecha, pero Pablo predicó a los que no eran cristianos, y cuando Pedro decía que tenían que hacerse la circuncisión, Pablo le decía que no y cuestionaba. Él era más abierto, pero los dos eran los pilares de la iglesia”. Lo que yo digo es que la Iglesia, y también lo dice la Conferencia Episcopal de Puebla, es una Iglesia formada por hombres y mujeres limitados, que tenemos pensamientos diferentes, pero que juntos somos constructores de ella. Y aunque Medellín fue divina, Puebla fue extraordinaria y fue mermando a medida que fue pasando, porque la última Conferencia, la de Aparecida, pues desapareció, porque desapareció todo ese pensamiento social de la Iglesia.

Muchos de mis compañeros sacerdotes recibían el llamado de Alfonso López Trujillo que les decía: "En tal día te sales de esa parroquia y te vas para esta otra", simplemente daba la orden. Es verdad que los pasaban de parroquia, pero hacían un medio acompañamiento. Como la comunidad que tenían estaba tan preparada y organizada, cuando iba López Trujillo a despedirlo, esta salía con letreros que hablaban del significado de la comunidad, decían los rezos, etc. A mí me tocó con Federico Carrasquilla hacer el rosario al frente de la alcaldía en Guayabal y decía: “Agradecemos a la virgen porque la gente que trabaja aquí tiene techo, tienen alimentación y los que estamos aquí...”. Ese era el tipo de oración que tenía cuando era muy joven. Si un hombre

golpeaba a una mujer, Federico llegaba hasta la casa con otras personas y lo enfrentaban diciéndole: “se va de acá o lo sacamos”. Era un trabajo muy barrial.

Cuando uno lee el Evangelio se da cuenta de que es una opción por los pobres. Jesús no vino para una clase alta, pero tampoco quiero decir que la clase alta no tenga derechos; como decía antes, el sol sale para todos y los ricos también tienen su salvación, pero no basta con la limosna. Hemos entendido el concepto antiguo de limosna, que es la sobra. La caridad es diferente, es amor por el otro, entender al otro, conocer al otro, ayudar y apoyar al otro. En cambio, la limosna es lo que sobra y con eso no basta. Yo digo que para construir una Iglesia comprometida desde los pobres no basta con dar sobras, porque es necesario darse a uno mismo, convivir y entender al otro y las opciones que el otro tiene. Entender al otro es entender una Iglesia diversa, porque en una Iglesia diversa es donde está el gay, la lesbiana, el andrógino y no podemos decir que no pueden estar ahí o que no pueden vivir dignamente, también es entender a aquellas mujeres que han optado por el aborto y es entender también al Papa Francisco.

Cuando vino el Papa al Foro Pan amazónico, al octavo en 2017, y visitó la Amazonia, se dio cuenta de que allí había muchas comunidades indígenas católicas y que estaban escasos de sacerdotes y religiosas, entonces dijo: “podemos pensar que los hombres que están acá se pueden consagrar como sacerdotes y a las mujeres cleriquizarlas”. Esa fue la idea que llevó a Roma. Él no sabía lo que estaba cocinando Ratzinger allá, un libro sobre el celibato, y resulta que el comunicador del Papa Francisco lo publicó y se lo entregó a los obispos. El Papa luego se dio cuenta y no le hizo reclamo a Ratzinger, pero le dijo al comunicador que ya no servía porque a la larga el que manda y orienta es otro.

El Papa hizo un encuentro con los obispos para ver si hacía un cambio, el de ordenar a padres de familia que estaban evangelizando en la Amazonia y escoger a mujeres evangelizadoras

que eran muchas más para cleriquizarlas. Y ¿qué hacen?, los obispos se quedan en silencio. Al quedar en silencio no crea una división en la Iglesia, porque pienso que si él toma otra postura, pasa lo de la época del protestantismo: Calvino y Lutero, que eran católicos, analizaron desde la palabra y no los escucharon. Ellos lograron hacer un cambio. ¿Cómo está prohibido leer la palabra si es tan necesaria?, ¿Cómo se consigue dinero y el dinero es para la misma Iglesia? No se hubiera tenido que dar esa gran división porque en un colectivo donde todos pensamos diferente no es hacer diferentes grupos, sino hacer un compromiso diverso: que todos estemos por diferentes lados, pero aun así permanecer unidos, porque lo importante es la unidad. La unidad no quiere decir que caminamos igual, pensamos igual, somos iguales, no, la comunidad y la unidad es diversa y el compromiso católico también. Yo hablo más de católico por su significado universal, pero aunque no seamos una Iglesia universal, deberíamos serlo y al ser universales hay que hacer lo que hicieron los papas Juan XXIII y Pablo VI y lo que está haciendo Francisco que es abrir puertas, no cerrarlas.

Me fascinó cuando dijo que los sacerdotes no deben oler a perfume fino, deben oler a oveja. ¿Uno a qué tiene que oler cuando trabaja con la gente?, tiene que oler a muchas cosas, pero es que eso es la comunidad. Yo creo que me voy a morir y no voy a ver una Iglesia que se abra, donde sea célibe el que quiera o el que tenga el don. Yo soy paisa y me duele mi Iglesia tan conservadora que uno se pregunta: ¿cuándo será que Antioquia, o Medellín, por lo menos, se abriera a ser diferente? Seguimos predicando desde una Iglesia tan tradicional, tan llena de ritos. A mí me parecen muy importantes porque la gente vive de ellos, pero yo vengo a un colectivo de mujeres y es un rito magnífico, son hermosos y significativos. Nosotros deberíamos darle un significado nuevo a ese rito católico.

Referencias

Abad, H. (1 de septiembre de 2006). El verdadero malhechor. *Semana*.
<https://www.semana.com/opinion/articulo/el-verdadero-malhechor/80716-3/>

Boff, L. (2002). *Iglesia: carisma y poder*. Editorial Sal Terrae.

Centro Nacional de Memoria Histórica. (2017). *Medellín: memorias de una guerra urbana*. Bogotá: CNMH – Corporación Región – Ministerio del Interior – Alcaldía de Medellín – Universidad EAFIT – Universidad de Antioquia. <https://centrodememoriahistorica.gov.co/wp-content/uploads/2020/01/medellin-memorias-de-una-guerra-urbana.pdf>

Consejo Episcopal Latinoamericano. II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. (Medellín, 24 de agosto-6 de septiembre de 1968). Documentos finales de Medellín. CELAM. https://www.celam.org/documentos/Documento_Conclusivo_Medellin.pdf

Consejo Episcopal Latinoamericano. III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. (Puebla, 27 de enero-12 de febrero de 1979). Documento de Puebla III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. CELAM. https://www.celam.org/documentos/Documento_Conclusivo_Puebla.pdf

Echeverry, A. (mes-2002). Título del artículo. Título de la revista, (número de publicación), páginas del artículo.

Forcano, B. (1996). Influencia de la iglesia: de la espada y la cruz a la teología de la liberación. *Cuadernos americanos*, 5(59), 121-133. <https://biblat.unam.mx/es/revista/cuadernos-americanos/articulo/influencia-de-la-iglesia-de-la-espada-y-la-cruz-a-la-teologia-de-la-liberacion>

Golconda. (1968). Declaración del grupo de Golconda. <http://hdl.handle.net/10893/19652>

Juan Pablo II. Discurso del santo padre Juan Pablo II en la inauguración de la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. (28 de enero de 1979). La Santa Sede. https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/speeches/1979/january/documents/hf_jp-ii_spe_19790128_messico-puebla-episc-latam.pdf

Küng, H. (2008). *Verdad controvertida*. Editorial Trotta.

Martínez, F. (2 de abril de 2020). ¿Fue Juan Pablo II un papa reaccionario? *La Vanguardia*. <https://www.lavanguardia.com/historiayvida/historia-contemporanea/20200402/48210204493/karol-wojtyla-jpablo-ii-papa-el-vaticano-guerra-fria-anticomunismo.html>

Pacific School of Religion. (2016). Casos de implicación de la Iglesia en la violencia en Colombia. Insumo para la Comisión de la Verdad. <https://xdoc.mx/documents/casos-de-implicacion-de-la-iglesia-en-la-violencia-en-colombia-5dbb400f6f795>

Pablo VI, Carta encíclica Populorum Progressio. (26 de marzo de 1967). La Santa Sede, p. 16. https://www.vatican.va/content/paul-vi/es/encyclicals/documents/hf_p-vi_enc_26031967_populorum.pdf

Ratzinger, J. Libertatis conscientia: Instrucción sobre libertad cristiana y liberación. (26 de marzo de 1986). La Santa Sede. https://www.vatican.va/roman_curia/congregations/cfaith/documents/rc_con_cfaith_doc_19860322_freedom-liberation_sp.html